



Universiteit
Leiden
The Netherlands

Tiempo, cosmos y religión del pueblo Ayuuk (México)

Reyes Gomez, J.C.

Citation

Reyes Gomez, J. C. (2017, June 21). *Tiempo, cosmos y religión del pueblo Ayuuk (México)*. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/51102>

Version: Not Applicable (or Unknown)

License: [Licence agreement concerning inclusion of doctoral thesis in the Institutional Repository of the University of Leiden](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/51102>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Cover Page



Universiteit Leiden



The handle <http://hdl.handle.net/1887/51102> holds various files of this Leiden University dissertation

Author: Reyes, Gomez J.C.

Title: Tiempo, cosmos y religión del pueblo Ayuuk (México)

Issue Date: 2017-06-21

4. *Āp ayuuk maytya'aky*, narraciones antiguas *ayuuk*

4.1. INTRODUCCIÓN

Las narraciones que aquí se presentan fueron dichas por diversas personas en lengua *ayuuk* para posteriormente ser transcritas y traducidas al español por quien esto escribe. Todas las personas que amablemente nos compartieron estas narraciones son o fueron originarias y vecinas de Alotepec, algunas de las cuales, desafortunadamente, ya han fallecido. De igual modo, todas ellas son o fueron, principalmente, campesinos y amas de casa, hablantes de la lengua *ayuuk* en la modalidad de lengua materna, siendo varias de ellas de condición monolingüe en esta lengua. Los nombres y las edades de cada una de estas personas están citadas al inicio de las respectivas narraciones que nos hicieron.

Estas narraciones constituyen una pequeña muestra de la rica narrativa oral de las comunidades *ayuuk* cuyos miembros han sabido resguardar, como parte del legado literario de este gran pueblo, en la memoria colectiva de sus miembros.¹⁵⁹ De acuerdo con lo anterior, podemos deducir que, contrario a lo que Beals (1945: 134) supuso y de acuerdo con lo que demostró posteriormente Miller (1956), los *ayuuk* contamos con una rica tradición literaria, misma que se puede escuchar en los lugares de reunión o coincidencia como en los momentos de descanso, fiesta, trabajo o en las largas caminatas, en voz tanto de hombres como de mujeres de distintas edades.¹⁶⁰

Estas mismas pueden tener distintas funciones iniciales entre sus narradores y sus oyentes, como lo pueden ser desde la mera convivencia, diversión o entretenimiento, hasta la transmisión de los

patrones de conducta o normas sociales para una sana convivencia tanto en el ámbito familiar como en el comunitario. Otras son de contenido más moral y religioso y nos permiten conocer los actos sagrados de los dioses a través de los cuales nos muestran su benevolencia, así como también su exigencia para que los reconozcamos como tales pues son ellos quienes hacen posible nuestra existencia.

Este es el caso de las diez narraciones que se han incluido en esta tesis, los cuales son de carácter, fundamentalmente, sagrado pues refieren a acciones divinas en las cuales los dioses, bajo distintas formas, se manifiestan en la tierra y en el cielo, tal es el caso del sol y la luna, el trueno y el rayo, la culebra-venado (o mazacoatl) y el arco iris (la tierra: nuestra madre, quien nos alimenta a través de su aliento), las plantas y los animales, los nahuales y la culebra sagrada quien trae la lluvia, cuida el agua, abastece los manantiales y provee de riquezas a las familias que la respetan.

Acerca del respeto que debemos tener a todo, se dice que no debemos maltratar a las plantas ni a los animales, ni aun los utensilios de cocina ni las herramientas de trabajo, porque ellos están vivos y sienten y piensan igual que nosotros, así que se les debe tratar bien y darles buen uso; de hecho, se les debe hablar, se debe platicar con ellos, pedirles que pongan lo mejor de su parte para que nos ayuden a realizar bien nuestras labores. Así como también expresarles nuestros agradecimientos por los servicios que nos prestan para hacer más amable nuestra sobrevivencia en este mundo.

Sobre este punto, se dice que hubo un tiempo en que todos los animales y todas las plantas y de hecho todas las cosas hablaban como nosotros; al respecto, Miller registró lo siguiente:

“... antes todo hablaba: el venado, el temazate, el jabalí, las piedras, los árboles, el agua: todo hablaba. Pero cuando Jesucristo nació, todo se volvió mudo (Miller, 1956: 207).”

159 De acuerdo con el diccionario de la Real Academia Española, el término literatura (del latín *litteratūra*) significa ‘Arte de la expresión verbal’ (www.rae.es [consultado el 15 de julio de 2016]).

160 Algunas de las obras que tratan acerca de la tradición literaria (oral y escrita) de algunos de los pueblos mesoamericanos y a la cual nombran *literatura*, como tal, son De la Garza (1992 [1950] y 2012), León-Portilla (1978 y 2013 [1992]) y Jansen y Pérez Jiménez (2009).

Asimismo, se dice también que hubo un tiempo en que, debido a la indiferencia y soberbia de los seres humanos todas las cosas, como los utensilios de cocina, las herramientas de trabajo, las semillas, los animales domésticos, se rebelaron contra las personas a quienes servían y les reclamaron sus malos tratos y no quisieron volver a ayudarles hasta que éstas les pidieron perdón y se comprometieron a tratarlas bien y respetarlas.

Al respecto, Castillo Cisneros registró en Tlahuitoltepec, Mixe, en voz de Victoriana Torres Gómez, lo que sigue:

“Cuando llegue el fin del mundo, las ollas y los comales nos van a atacar pues se vengarán de que nosotros en vida los quemamos. El único que va a llorar por las personas es el metate (pāntāäk) pues fue al único que mientras vivimos le dimos de comer (Castillo Cisneros, 2009: 49).”

Otra importante narración es una que habla acerca de una gran inundación que acabó con la gran mayoría de las personas y los animales de este mundo. En ésta se dice que la tierra buena de la zona alta fue arrastrada por el agua hacia la zona baja y que fueron los zopilotes quienes se encargaron de traer un poco de ella de regreso a la zona alta, es por eso que ésta, a diferencia de la zona baja, es poco fértil y productiva. En esta misma narración igual se dice que toda la lumbre se apagó y que fue el tlacuache quien pudo traerla de regreso a los hombres y las mujeres de este mundo (Avelino Fernández, 2008). Por su parte, Miller registró que quien trajo la lumbre nuevamente a los seres humanos fue el zorro (Miller, 1956: 103).

Finalmente, podemos decir que todas las narraciones comparten un fin común: la transmisión de la literatura oral y, con ella, la transmisión de la lengua y la cultura, la visión del mundo, el pensamiento religioso, la distinción entre el bien y el mal y el reconocimiento de que todo lo que en el mundo existimos nos debemos a los dioses, a quienes debemos reconocer y respetar, pues son quienes hacen posible el todo, el tiempo y la vida misma, esa vida que nos conduce a la muerte, el paso obligado para poder volver a la vida.

Con base en lo anterior, es necesario mencionar que estas narraciones no son “cuentos” como se les ha llamado comúnmente, de manera despectiva, porque no son de ficción, inventados de la nada y de contenido falso; antes bien, son, en su inmensa mayoría, historias sagradas que narran hechos o sucesos divinos y reales, que ocurrieron en un tiempo y en un lugar específicos y que fueron protagonizados por los dioses en relación con todo lo que coexistimos en la tierra; esto es, son narraciones con profundo contenido simbólico y por eso mismo consideradas ciertas, verdaderas.¹⁶¹

En nuestra lengua estas narraciones son llamadas *äp ayuuk* ‘palabra antigua’ o *äp maytya ’aky* ‘narraciones ancestrales’ y su propósito primordial es formar, educar, inducir al conocimiento y la práctica de la visión del mundo del pueblo *ayuuk*, la vía que da la posibilidad de lograr el equilibrio y la armonía con los dioses, la tierra, con todo lo que coexistimos en el mundo y con nosotros mismos como personas.

No obstante el título de *Cuentos mixes* que Miller asignó a su más importante obra, cuando hace referencia a lo que los mixes decimos de nuestro Dios Padre *Kontoy* afirma:

“Sus hazañas son de carácter sobrenatural, pero los mixes no ven en ellas nada fantástico y tienen a nuestro personaje como una persona real y actual. Lo que sobre él refieren tiene el carácter de una historia verídica y no de un relato ficticio, compuesto para pasar el rato y servir de distracción (Miller, 1956: 203).”

Otros grupos de narraciones *ayuuk*, además de los que se encuentran en la citada obra de Miller, pueden verse en los trabajos de compilación de Juárez Bailón y otros (1982), DGCP (1982), Aguilar Domingo (1992), López Motta y Prado García (2002), Torres

161 Sobre el término “cuento”, el diccionario de la Real Academia Española da la siguiente definición: Cuento. Del latín *compütus* ‘cuenta’. 1. Narración breve de ficción; 2. Relato generalmente indiscreto de un suceso; 3. Relación de palabra o por escrito de un suceso falso o de pura invención. Otras entradas relacionan la misma palabra con cómputo; embuste, engaño; chisme, enredo, y quimera o desazón (www.rae.es [consultado el 3 de octubre de 2015]).

(2003), IEEA (2008), Díaz Gómez (2008), Romero Méndez (2013), Hoogshagen (s/f), Díaz Pérez (s/f). Algunas otras narraciones sueltas se pueden ver en Carrasco (1952), Hoogshagen (1971), Pérez Castro (s/f), Lyon (1980), Vásquez Gutiérrez (1982), Barabas y Bartolomé (1984), Aguilar Domingo (1992), Jiménez Díaz (2005), Martínez Jiménez (2011), Rojas (2012), Castillo Cisneros (2009) y (2014), Ramírez Castañeda (2014a y 2014b), Pérez Castro (s/f [publicado en Bartolomé, 1984]) y Hernández López (s/f).¹⁶²

4.2. NARRACIONES

4.2.1. La boa y el arco iris

Narradora: Sra. María Teresa Gómez, 80 años (†).

Un día que terminó de llover y se asomó el sol nuevamente sobre el pueblo, se formó un gran arcoíris en el cielo. Este enorme arcoíris llamó la atención de un grupo de niños que jugaban. Los niños decidieron ir a ver de dónde surgía aquel arcoíris tan bonito, así que se fueron corriendo hacia aquel lugar de donde se levantaba. Así fue como los niños me metieron al bosque hasta llegar a un barranco de donde nacía aquel gran arcoíris e, internándose en sus profundidades, pudieron darse cuenta de que aquel gran arco de colores era producto de un interminable aliento exhalado por una enorme *jatsyutsä'äny* (culebra-venado o boa).

En cuanto la gran culebra se percató de la presencia de los niños detuvo su prolongada exhalación y, de la misma manera en que había extendido aquel gran arco de colores en la faz del cielo, lo fue recogiendo poco a poco hasta hacerlo desaparecer por completo, guardándolo en su interior, al mismo tiempo que ésta, raptando lentamente en medio de un destello de luces multicolores, volvía a su madriguera.

¹⁶² Para el caso de los popolucas véase Foster (1945).

Comentarios:

Sobre esta narración, los *ayuuk* tenemos entendido que el arcoíris sale de la boca de una gran boa, misma que para nosotros es la Diosa *Tajjēw*, la tierra misma, quien a través de su poderoso aliento hace posible la vida de todo ser viviente en la Madre Tierra pues se dice que de este aliento se desprende el alimento que da vida a todos los seres que habitamos *Koni'kxy Pyoop Näxwiiny* (La Sagrada y Blanca Faz de la Tierra). También se dice que este alimento que cae, en pequeñas porciones, es atrapado por las aves en vuelo; el resto de éste, el que cae al suelo, es aprovechado por los demás seres que vivimos sobre la tierra.

Esta víbora es llamada *jatsyutsä'äny* en lengua *ayuuk* de Alotepec, palabra que se compone de los vocablos *jatsyu'u* 'venado' y *tsä'äny* 'culebra', por lo que se dice de ella que es una culebra con cabeza de venado. En algunas variantes lingüísticas del mixe bajo también se le conoce sólo como *jatsyu'u* 'venado' y, en otras más, como el caso de las comunidades de Puxmetacán y Jaltepec, es llamada claramente *koonk*, nombre que se aplica a los seres divinos dentro de la religión *ayuuk* como lo es el hongo sagrado más grande y más fuerte (véase también Miller, 1966).

De acuerdo con lo anterior y con base en lo que nos han explicado los sacerdotes y sacerdotisas de nuestro pueblo, esta culebra está estrechamente relacionada con la tierra, los temblores, el rayo, el agua, la lluvia y el viento, por lo que es considerada una Gran Mujer: Nuestra Madre.

Acerca del arcoíris, nuestros ancianos y ancianas siempre nos recomiendan no acercarnos demasiado a él ya que éste puede atraparnos, enrollándonos con su cuerpo alargado como quien enrolla un mecate alrededor del tronco de un árbol (*pijtp*, en lengua *ayuuk*), para llevarnos con él/ella. Asimismo, a esta enorme culebra (la más grande en el pueblo *ayuuk*) se le atribuye también el extraordinario poder de aspirar a sus presas, es decir, una vez que las ubican las entorpecen y las jalen con su aliento, con el cual, sus víctimas, empiezan a dar traspies hasta que van a dar "por sí mismas", directamente, a la boca de la

culebra-venado; y, en el caso de las aves, éstas se desprenden de los árboles y van a caer justamente a su boca, es así es como se alimentan.

Al respecto, Miller registró:

“El mixe piensa que el arcoíris es una cosa muy peligrosa ya que ‘pone trampas’ para la gente y quien, por descuido, se le acerca demasiado se atonta y queda confuso. Entonces el arcoíris lo ata como un animal (Miller 1956: 206)”.

4.2.2. El cazador y el Trueno¹⁶³

Narrador: Sr. Efrén Reyes Fernández, 75 años (†).

Existió una vez un joven que se jactaba de ser el mejor cazador de cierta región; y, en verdad, así era, pues, en tan poco tiempo se había hecho ya de las más hermosas presas del lugar. Así, cuando los últimos rayos del sol débiles caían sobre aquel apartado pueblo, solía partir cuesta abajo, hacia la tierra colorada, dura y, en partes, pedregosa; allá donde los moradores del lugar llamaban “tierra caliente”, que era la tierra de los encinos y los ocotales: la tierra de los pastizales. Hasta allá bajaba solitario el valiente muchacho, desde donde, con suma cautela, iniciaba su búsqueda recorriendo buen tramo de las húmedas riveras de un río que serpenteando lento, casi quieto, fijaba los límites de las tierras de tres comunidades vecinas. Luego, alerta empezaba a subir aquellas empinadas colinas surcadas por algunas veredas, las cuales lo llevarían de regreso a casa. Así, a punto de amanecer, seguido se le veía llegar al pueblo con un venado, un temazate,¹⁶⁴ un jabalí,¹⁶⁵ un tejón,¹⁶⁶ o cualquier otro animal, a cuestras.

163 Versiones similares de esta narración son bastante comunes entre las comunidades *ayuuk*, una más de Alotepec puede ser vista en Torres (2003: 381-384).

164 Animal cuadrúpedo y rumiante idéntico al venado sólo que un poco más pequeño que éste. Su nombre se compone de los vocablos nahuas *te-* (que viene de *teitl* ‘piedra’) y *mazatl* ‘venado’ (lit.: venado de piedra, comunicación personal del historiador nahua Raúl Macuil Martínez). Lo anterior puede estar haciendo alusión al hecho de que estos animales no desarrollan mucho pues, en el caso de los *ayuuk*, esta misma idea la tenemos en el nombre del *teocintle*, que es *tsäämook* (lit.: maíz de piedra, de *tsää* ‘piedra’ y *mook* ‘maíz’), en clara referencia al limitado desarrollo de esta planta y su mazorca, así como también denominamos *kotsää* (lit.: quienes tienen una piedra en la cabeza, de *ko-* ‘extremo superior’ y *tsää* ‘piedra’), a las personas que no crecen mucho.

165 Jabalí o puerco de monte.

166 Tejón o coati americano.

Esa era la rutina casi diaria de aquel joven que, si bien, tenía la buena suerte de ser un extraordinario cazador, tenía, también, la mala fortuna de ser un perfecto irrespetuoso, de manera que no sólo no hacía caso de los sabios consejos de los ancianos y de las reiteradas súplicas de su madre sino que hasta se burlaba de las ofrendas y los ruegos que algunos grupos de cazadores hacían en las partes más altas de aquellas colinas de tierra caliente, con el fin de manifestar su respeto a la madre tierra, su pedimento al dueño absoluto de todos los animales del monte, y la demanda de fuerza y vitalidad al dador de la vida.

Así pasaron varios años y el joven seguía cazando exitosamente, hasta que en una ocasión, ya muy cerca de la media noche, los relámpagos comenzaron a rasgar furiosamente el oscuro rostro del cielo. En seguida, unas enormes y espaciadas gotas se empezaron a azotar en torno suyo obligándolo a buscar refugio, de manera apresurada, en el primer árbol que tuvo a su alcance. Luego, vino el más aterrador de los rugidos del gran trueno y, con él, una poderosa descarga que, en cuestión de segundos, hizo trizas justo a aquel gran ocotal que daba refugio a aquel cazador. Lo que siguió fue un intenso aguacero que, en tono un tanto arrullador, fue cesando poco a poco hasta reducirse tan sólo a una serie de golpeteos aislados. Finalmente, lo que quedó de aquel viejo ocotal fue tan sólo un enorme tronco retorcido y una gran cantidad de ramas cuya madera había sido totalmente deshebrada y que, entre trozos de corteza y hojas rotas, habían quedado totalmente dispersas sobre aquella superficie harta mojada del suelo, mientras que del muchacho no quedó nada.

Amaneció, y el joven cazador no regresó a su casa. Pasó el día, pasó otro y otro más y nada; así que, ante la desesperación de la madre y algunos familiares, se organizaron varios grupos de hombres quienes se dedicaron a buscarlo inútilmente sin hallar siquiera una mínima señal que diera al menos alguna referencia de su paradero, de modo que, después de algún tiempo, su madre misma parecía estar ya totalmente resignada a aceptar la desaparición definitiva de su hijo.

Así pasaron varios años, hasta que un buen día, cuando ya casi todo mundo había olvidado por completo aquel suceso, el cazador considerado muerto desde

hacia ya varios años, volvió al pueblo; y grande fue la sorpresa y la alegría que causó a su madre y a la comunidad entera, que todos se aglutinaron en torno a él, ya para saludarlo, ya para hacerle alguna pregunta, ya para escuchar algún comentario de su parte. Ahí estaba el cazador, sonriente, emocionado, abrazando a algunos, confundiendo a otros; pero, algo había de extraño en él pues, aun cuando hacía mucho tiempo que había desaparecido, aquel muchacho, a excepción del evidente maltrato corporal que mostraba, estaba igual, es decir, a diferencia de los demás, él seguía siendo tan joven como lo era en el momento en que se había ido, de manera que estaba realmente confundido pues, ahora que había vuelto, los ancianos que había dejado ya habían fallecido, su mamá estaba hecha una ancianita, los muchachos de su edad ya estaban empezando a envejecer, los que entonces eran niños ahora eran ya unos verdaderos hombres, y los jóvenes y los niños de ahora no los conocía siquiera.

En seguida, a petición de varias de las personas que tanto lo habían buscado después de su desaparición, aquel muchacho, con una humildad y un respeto que, tiempos atrás, nadie le había visto jamás, comenzó a narrar su experiencia de la siguiente manera:

- Después del gran estruendo, sentí que alguien me tomó entre sus manos y, con una fuerza descomunal, me arrojó sin compasión alguna dentro de una gran cueva oscura azotándome contra la pared del fondo. De inmediato, cuando aún estaba totalmente aturdido, alguien vino a mí y me arrebató mi arma, mi morral y mi cuchillo para, luego, conducirme a rastras a un apartado de aquella enorme cueva donde, después de un gran rugido que hizo cimbrarlo todo, una potente voz me dijo:
- He mandado por ti porque ha llegado el tiempo en donde debes pagarme la deuda que tienes conmigo por haber matado, sin siquiera pedírmelo, a varios de mis animales. La forma en que deberás pagar tu deuda será con tu trabajo, por el tiempo que sea necesario; así que, a partir de este momento, te harás cargo de uno de mis rebaños. ¡Ah!, pero, debo advertirte que por cada uno de ellos que resulte extraviado, es decir,

muerto sin mi consentimiento, o simplemente herido, tu condena irá en aumento. Así que deberás procurar no exponerlos demasiado a los hombres, antes bien, mantenlos lo más alejado posible de ellos, y hasta que yo, sólo yo, te lo indique, tú mismo harás llegar a alguno de ellos hasta algún cazador que me lo haya pedido. Eso es todo.

- Y aquella recia voz se apagó. Yo estaba terriblemente asustado como nunca lo había estado ni siquiera ante el más furioso de las fieras, que me sentí la criatura más diminuta e inofensiva del universo, de modo que cuando me di cuenta estaba yo totalmente aplastado contra el suelo.

Y me fue entregado mi rebaño, y el rebaño que a mí me tocó estaba compuesto de venados, temazates, tejones, jabalíes, tepezcuintles, ceretes y ardillas. A esos animales tuve que cuidar, no sé por cuánto tiempo; porque ahí no se distinguen los días de las noches como aquí, de manera que el tiempo de trabajo y el de descanso de ahí no está fijamente determinado como aquí. Así es como ahí el tiempo está distribuido de otra manera, por eso es que esos animales pueden ser vistos, al parecer, a cualquier hora por acá.

Lo cierto es que esos animales considerados sin dueño no andan sueltos y sin cuidado como comúnmente se cree, sino que están bajo el constante cuidado de alguien quien, además de pastorearlos, tiene la obligación de protegerlos, curarlos y asearlos permanentemente.

Es *Koonk Aanäw*, el Dios Trueno, el dueño absoluto de todos ellos, de modo que él lleva un control estricto sobre cada uno de esos animales, así es como conoce la cantidad exacta y la condición de todos, por lo que puede detectar inmediatamente cuando alguno de ellos hace falta o está enfermo o herido. Y es él también quien decide a quien obsequiar alguno de sus hijos, por eso todo cazador debe pedir permiso a él ofrendándole mezcal, cigarros, huevos, maíz molido, un pollo o un guajolote, prendiéndole su veladora; de esta manera, cortando, hiriendo y depositando estará rindiendo tributo al gran Trueno, a la madre naturaleza y al que es dueño absoluto de todas las cosas, demostrando así su reconocimiento, su respeto y su entrega a

ellos. Así finalizó su relato aquel muchacho. En seguida, en memoria de los ancianos ahora ya fallecidos, pidió a los jóvenes de su pueblo que escucharan y obedecieran los sabios consejos de sus padres y sus abuelos para que así no cometieran el mismo error que él había cometido. Así fue como aquel muchacho quien, en otros tiempos, se había vanagloriado creyéndose el mejor cazador de aquella región reconoció, después de todo, que había sido el peor de todos, con lo cual pidió perdón a aquellos cazadores que, en pequeños grupos, siempre habían hecho sus ruegos y ofrendas en las partes más altas de aquellas colinas de tierra caliente y de quienes se había burlado infinidad de veces, reconociéndolos finalmente como los mejores cazadores cuyos ejemplos eran dignos de seguir.

Comentarios:

Sobre esta narración, es importante comentar que los *ayuuk* creemos que el dueño absoluto de todos los animales silvestres es *Koonk Aanäaw* ‘El Dios Trueno’ (aunque en la zona baja de este pueblo igual se dice que es la culebra la que cuida de todos ellos). De allí que es a él a quien celebran rituales los cazadores, en los sitios sagrados propios para ello, tanto para que no les pase nada malo durante su labor de caza como para tener éxito en esta empresa. Asimismo, debemos aclarar que cazar sin celebrar los rituales correspondientes es tomar uno de los hijos del Dios Trueno sin su permiso y consentimiento por lo que seguramente nos castigará.

Al respecto, Don Francisco Anacleto Cruz, de Alotepec, nos comentó lo siguiente:

“... empezamos a pedirlos después de mediados de mayo [con el inicio del tiempo pootn, la temporada de lluvias] ... hasta el 13 de junio [Día de San Antonio, considerado también dueño de los animales] ... vamos a la cima de una montaña donde hay un lugar de petición, allí se llama Pu’škopäjkm (Cerro amarillo o Lugar amarillo) y el otro se llama Nkyopäjkm (Cerro del papel o lugar del papel) allí hay una cima bastante alta desde donde se puede divisar todo, allí es donde vamos a sacrificar un pollo. ¿Cómo lo hacemos? Matamos un gallo, depositamos huevos, ofrecemos

mezcal, regamos maíz molido, y colocamos tres cigarrillos. Llevamos una olla, llevamos agua, allí cocemos el pollo una vez que lo matamos. Pedimos a Poj-Aanäaw (Viento-Trueno), quien cuida, quien hace crecer [a estos animales], es a él/ella a quien se le habla ... vamos unos dos o tres. Cada uno de nosotros lleva un pollo, también los huevos, el maíz molido, todo lo que ya he mencionado.

Se pide en ese tiempo porque es cuando inicia la temporada de lluvias, es cuando se empieza a manifestar El Trueno, es cuando caen las lluvias más abundantes con el trueno, ese es su tiempo. Y una vez que inician las lluvias, podemos ir a cualquier parte sin problema alguno, sin ningún peligro, porque a veces se nos puede cruzar una víbora, otras veces un jaguar, eso es el malo; esas dos presencias no son buenas; o, a veces, puede ser que el trueno puede tronar, puede cazar, porque no se le ha dado ningún presente en sus manos. El pollo es para Aanäaw y se le ruega, se le suplica con el cigarro y con el mezcal. Por otro lado, los huevos se ofrecen a Ko’oypyë, el malo, son para la culebra, el jaguar o para Poj-Winteepyë, los que pueden causar daños, para que no lo esconda, para que no lo oculte, una vez que hemos encontrado a algún animal. Es para ellos, así es este quehacer. Y una vez que se han ofrecido estos presentes podemos ir a realizar esta actividad con toda tranquilidad, sin temor alguno. A veces vamos dos, a veces tres, pero seguro logramos cazar algo, ya sea un temazate, un venado, un tejón o cualquier otro animal (don Francisco Anacleto Cruz, Alotepec, Oax., 15 de agosto de 2013).”

4.2.3. El señor que trabajó para el Dios Trueno

Narrador: Sr. Gustavo Antonio, 67 años.

Una vez salió un señor a buscar trabajo. En el camino se encontró con el Dios Trueno. El señor estaba comiendo a la orilla del camino. Estaba comiendo *maatap*, una yerba de cierto sabor amargo. Esa yerba se cuece y después se le exprime el caldo para poder cargarlo húmedo; así, en este estado, se le llama *maatap mä’ätsy*, es decir, *maatap* exprimido. Este señor estaba comiendo su *maatap* exprimido a la orilla del camino y cada vez que pasaba alguien escondía

su comida ya que le daba pena de que lo vieran comiendo una comida muy pobre. Entonces divisó a alguien que venía a lo lejos, venía en un caballo blanco, era *Koonk Aanääw*, el Dios Trueno. Entonces, volvió a sentir pena por lo que estaba comiendo, así que escondió su comida una vez más.

Aquel señor lo saludó.

- Buenas tardes –le dijo.
- Buenas tardes señor –respondió el señor pobre.
- Qué estás comiendo –le preguntó aquel señor.
- Hombre, no estoy comiendo nada.
- Por qué escondes lo que estás comiendo, no deberías esconderlo. Vi cuando escondiste tu comida. Anda, come, no lo escondas. Que no te dé pena, yo también como eso que estás comiendo, le dijo. Eso es comida y no debemos avergonzarnos de lo que se come.
- Pues sí, esto es lo que estoy comiendo –respondió al señor Trueno. Lo que pasa es que no tengo nada de dinero, le dijo. Tampoco se da ya mi milpa –agregó el señor pobre.
- Ah, bien –contestó aquel señor.
- Y voy en busca de trabajo, necesito ganar algún dinero, dijo. Perdona ... ¿de casualidad usted no necesita algún trabajador?, preguntó al señor del caballo. ¿No tendrá algún trabajo para mí?
- Hombre pues sí tengo algunos trabajos pendientes, si gustas puedes venir conmigo, yo te puedo dar el trabajo a ti.
- Pues bien, ¡vayamos! –dijo animado el señor pobre.
- Sí, podemos ir, pero iríamos más tarde. Yo tengo un compromiso allá adelante, alguien ofrece una comida por su milpa adonde he sido invitado, así que voy hacia allá –dijo el Dios Trueno. Por favor, espérame aquí, más tarde pasaré por ti para que vayamos juntos a mi casa –le dijo.

En cuanto regresó el Dios Trueno de aquella cita, allí lo estaba esperando el señor pobre. Entonces el Dios Trueno lo invitó a su casa.

- Ven conmigo, iremos adonde vivo –le dijo.

Aquel señor se fue con él. Y llegaron donde vive el Dios Trueno. Dicen que la casa del Dios Trueno es hermosa, bellísima.

El Dios Trueno viaja en un caballo blanco. Así es como llegaron a su casa. Entonces, el Dios Trueno habló con su esposa y le comunicó que había encontrado a alguien que quería trabajar para ellos; que le iba a dar el trabajo porque era una persona muy necesitada ya que decía que desde hacía algunos años ya no se lograba su milpa.

Así habló con su esposa.

- Este señor quiere ayudarnos; mientras tanto, que descanse; que descanse por espacio de una semana para que luego empiece a trabajar –acordó con su esposa.

El señor pobre descansó por una semana y en todo ese tiempo tuvo todas las atenciones necesarias. Dicen que este señor contó que el Dios Trueno tiene muchos bienes. Y que ese día en que se fue con él a su casa, llevaba muchas cosas. Dice que llevaba tamales con pasta de frijol, caldo y carne de guajolote, huevos ... todo lo que le ofrecen cuando se hacen los rituales. Con todo eso llegó a su casa. Que parte de esto mismo ofreció al señor pobre, es decir, el señor pobre comió con el Dios Trueno y su esposa y pudo disfrutar con ellos todo lo que le habían ofrecido a este Dios en la ceremonia religiosa donde había asistido.

Días después, le indicó cuál era el trabajo que tenía que hacer.

- Tienes que ir a pastorear una manada de jabalíes –le dijo. Te daré un perro para que te acompañe, él ya conoce el camino, así que no te preocupes, él sabrá guiarte y tú sólo tendrás que seguirlo –le indicó. Cuando te acerques a alguna milpa debes tener mucho cuidado. No permitas que estos animales entren a los cultivos que ya están cercados, regrésalos, llévalos a otro lado –le recomendó.

Dicen que con “milpa cercada” el Dios Trueno se refiere a aquellas milpas a las cuales ya se les ha hecho los rituales necesarios.

- Cúdalos mucho, por favor. En caso de que alguien dispare y mate a alguno de ellos durante el recorrido, no te preocupes, yo se lo habré dado. En estos casos, no digas nada, no temas, muchas veces puede caer más de uno en manos de los hombres, pero no hay problema, yo mismo se los habré dado. Toma tu perro, este es el que te va a acompañar –le dijo.

Y dicen que los mismos jabalíes saben quiénes ya han “cercado” sus cultivos, de modo que tampoco tienen ninguna intención de ingresar a ellos; todo lo contrario, los respetan mucho.

Entonces se puso a trabajar. Trabajó un mes. Ese es el tiempo de pastoreo de los jabalíes. Dicen que los jabalíes van y vienen por espacio de un mes, por un mes van y vienen por los montes buscando comida. Y se dice que come de los cultivos que no están “cercados” y que es el mismo perro el que los guía hacia el interior de esas milpas. Un jaguar, el perro es un jaguar. Él es quien los guía.

Dicen que fue a estos animales los que estuvo pastoreando. Que los pastoreaba así como cualquier pastor pastorea a los chivos o a los borregos. Así es como fue a trabajar allá, al lugar donde vive el Dios *Aanääw*. Y después ya regresó a la casa del Dios. Quién sabe qué tantos lugares fue a recorrer, no se sabe hasta dónde fue a andar. Así es como fue a pastorear a aquellos animales.

Así es que regresó con los jabalíes y con el perro, que, como ya dijimos, en realidad era un jaguar. Entonces el Dios Trueno habló con él.

- ¿Hombre ya llegaste?
- Ya, ya estoy aquí de regreso.
- Cómo están los animales ¿Perdiste a algunos de ellos?
- Sí, mataron a algunos de ellos.

- Lo sé, pero no te preocupes, tú no tienes ninguna culpa, yo mismo los he dado a algunos hombres, le respondió el Dios, tranquilizándolo.
- Ven, vamos a comer –lo invitó a sentarse y comieron juntos.

Se dice que el Dios *Aanääw* come grandes manjares, comida deliciosa, como ya lo hemos mencionado: tamales con pasta de frijol, caldo y carne de guajolote, etc. Se comenta que de esta misma comida convidaba al señor pobre; aquellos mismos presentes que la gente hace a estos dioses cuando hacen los rituales.

Y cuando ya se acabó el trabajo, el Dios Trueno le dijo.

- Hombre pues te daré algún dinero para que lo uses. De esto vas a vivir. De esto habrás de comer. Y si ya no se da tu maíz, te daré también tres mazorcas para que te los lleves. No comas de ellos, por favor. Guárdalos y escucha lo que te digo. En cuanto llegues a tu casa, deberás construir tres coscomates y deberás meter una mazorca en cada uno de ellos. Te los doy porque has trabajado bien conmigo y has cumplido mi palabra. Una vez que hayas puesto las mazorcas dentro de los coscomates vendrá una tormenta muy fuerte, habrá mucho Viento y Truenos, no debes asustarte, mantén la calma porque no será otra cosa sino el maíz el que estará llegando a los coscomates. Y con este maíz podrás vivir tranquilamente.

Dicen que en cuanto esta persona construyó sus tres coscomates y puso las tres mazorcas en cada uno de ellos inmediatamente se formaron las nubes. Poco después se desató una gran tormenta. Hubo mucho Viento y Truenos. Llovió a cántaros. Ya se había llenado el primer coscomate de mazorcas y se estaba llenando el segundo Seguía lloviendo mucho. Y dicen que ya estaba por llenarse el tercer coscomate cuando la curiosidad ganó al hombre y salió de su casa para ir a ver si en verdad se estaban llenando los coscomates. Entonces vio que sí era cierto, que los dos primeros coscomates ya se habían llenado. Y en ese momento se detuvo el proceso de llenado del tercer coscomate, éste ya no pudo llenarse. Pero esto fue culpa de aquel hombre que salió

de su casa, desobedeciendo las indicaciones del Dios Trueno. Así es como le pagó este Dios a aquel hombre por su trabajo, esta fue la herencia que le dio.

Y a aquel señor ya no se le daba el maíz por un problema que tuvo junto con su esposa a causa de unas calabazas. Es que la calabaza se da junto con el maíz, se le siembra junto con el maíz dentro de la milpa. Dicen los ancianos que la calabaza es padre y madre del maíz. Pues resulta que una vez este señor dijo a su esposa:

- Por favor, pon a cocer algunas calabazas para que las coman las personas que nos están ayudando a pizar el maíz. Elige las mejores calabazas, las más grandes y macizas para que se cuezan bien y las puedan disfrutar estas personas a la salida del trabajo.

Pero la señora no hizo caso a su marido y eligió las calabazas más pequeñas, la más tiernas, las defectuosas y fueron aquellas las que puso a cocer. Esa fue la que ofreció a la gente. La gente comió las calabazas defectuosas. El señor, al ver el error de su esposa, se molestó y fue a tirar la calabaza cocida con toda y olla, cometiendo así otro grave error. Esas fueron las causas por la que su maíz ya no se daba. Los errores de ambos, el de su esposa, por su egoísmo, y el suyo, por su impaciencia, habían propiciado su propia pobreza porque inicialmente ésta era una familia muy próspera que siempre cosechaba grandes cantidades de maíz, frijol y calabaza, nunca les hacía falta de comer. Si bien, finalmente, tuvo el perdón del Dios Trueno quien le volvió a dar el sagrado maíz con el cual volvería a rehacer su vida.

Comentarios:

Aanääw, El Dios Trueno, al igual que es dueño absoluto de todos los animales lo es también de las plantas. Es a él a quien se le deposita ofrendas y se le habla cada vez que se celebra un ritual para pedir por el buen desarrollo y la buena reproducción de los animales y los cultivos. Él es el principal invitado en las comidas rituales que se ofrece después de la celebración de los cultos religiosos en los corrales de los animales y en los campos de cultivo.¹⁶⁷

Aanääw sabe quiénes celebran rituales para pedir por sus cultivos y sus animales. Él asiste a la celebración de cada uno de esos rituales, varias personas lo han visto y han hablado con él. Es una persona como nosotros, tiene esposa y casa y viaja en un caballo blanco. Es un ser generoso, siempre está dispuesto a ayudar a quienes acuden en su auxilio pero también es exigente, así que igual puede llamar la atención a quienes incumplen ciertas reglas e, incluso, castigarlos cuando es necesario.

El Dios Trueno siempre recibe la comida y la bebida rituales con mucho agrado. Lleva parte de esos alimentos a su casa y los comparte con su esposa. Todas las ofrendas que se le dan los recibe y los lleva con él; los pollos y guajolotes que matamos en su honor vuelven a cobrar vida en su casa, allá los tiene, allá viven.

Este Dios cuida de los cultivos. Él sabe donde hacer llover y qué tanto. Él mismo es el Viento y la Lluvia, así que mientras le pidamos cuide de nuestros cultivos, éstos no sufrirán ni de calor ni de humedad excesiva, así como tampoco han de sufrir daño alguno a causa del viento o por los animales dañinos del monte. Los animales le obedecen, no le hacen daño alguno. Él tiene por perro al jaguar y su esposa usa como collar a la culebra coralillo y como ceñidor a otra culebra más grande.

Es este mismo Dios quien nos da el alimento, de allí que la comida es sumamente sagrada por lo que debe ser seriamente respetada y apreciada, no se le debe maltratar o burlarnos o avergonzarnos de ello y mucho menos despreciar o tirar. Asimismo, no debemos ser egoístas de lo que tenemos; debemos saber compartir y cada vez que lo hagamos debemos ofrecer lo mejor que tenemos tanto a los dioses como a nuestros semejantes.

4.2.4. El señor que fue a *Ja tuk it*, el otro mundo

Narradores: Sr. Juan Antonio, 70 años, Rufina Antonio, 50 años y Federico Félix Reyes, 30 años.

¹⁶⁷ En la actualidad, igual se pide por lo animales domésticos a San Antonio,

celebrando los rituales el 13 de junio en los potreros, y por el buen logro de los cultivos a San Isidro Labrador, celebrando los rituales el 15 de mayo en los campos de cultivo.

Vivió una vez en este pueblo una pareja que tuvo dos niños pero cuando sus hijos eran aún muy pequeños la madre falleció dejándolos a ellos y al padre en el total desamparo. Tanto el esposo como los niños quedaron muy tristes ante esta situación pero, a pesar del dolor, el padre luchaba por sobreponerse ante la pérdida de su esposa pues tenía que cuidar a sus pequeños hijos.

Así pasaron los días. El señor trataba de hacer su vida como antes pero nada era igual. Tenía que ir a trabajar al campo además de hacer los quehaceres del hogar y atender a sus hijos. Era muy difícil y cansado hacer tantas cosas a la vez. Aquella esposa y madre les hacía mucha falta. Así, pronto aquella casa fue quedando sombría, fría, silenciosa y los niños se empezaron a enfermar.

El esposo no pudo soportar más la situación de soledad y tristeza así que, vencido por el cansancio y la nostalgia, decidió ir en busca de su finada esposa a *Ja tuk it*, el otro mundo, que es el lugar donde van a vivir las personas que aquí, en *Tuk it*, este mundo, han fallecido. Así que se dio a la tarea de preguntar a quienes saben acerca de la entrada a *Ja tuk it* y el camino que conduce hacia allá.

Dicen los que han ido a *Ja tuk it* y han regresado que ese es un lugar bueno y bonito donde abunda el *yuuknixijtsn* (laurelillo) y los caminos están adornados con *tsëy* (palo de estrella o liquidámbar), ambas plantas aromáticas, que dan un ambiente agradable y placentero a ese sitio. Es por eso que, en Alotepec, cuando la gente fallece la base de su ataúd es tapizada preferentemente con ramas de *yuuknixijtsn*; y, en caso de que, por cualquier motivo, no se consiguiera esta planta se usa en su lugar las ramas de *tsëy*.

Ja tuk it, el otro mundo, es un espacio muy parecido a *Tuk it*, este mundo, sólo que cuando allá es de día aquí es de noche y cuando allá es de noche aquí es de día. Los que en esta vida tuvieron riqueza allá viven en la pobreza y los que aquí vivieron en la pobreza allá viven en la abundancia. Allá, la comadreja es topil (el primer servicio que se presta a la comunidad y el de más bajo rango) y el zorro es mayor (quien vigila y pone orden en la comunidad), ambos al mando de las autoridades principales.

Algo más, allá, los que vivimos en *Tuk it*, este mundo, tenemos un olor desagradable para ellos, olemos muy mal, apestamos.

Una vez que aquel señor llegó a *Ja tuk it* buscó la forma de pasar desapercibido entre los habitantes de aquel otro mundo mientras buscaba a su esposa a quien halló lavando ropa a la orilla de un manantial de agua cristalina. Aquella mujer llevaba un pañuelo amarrado en la cabeza, así se visten los que viven allá, se cubren la cabeza y se guardan el pelo; además, caminan lento, de manera ritual, como si fueran en una procesión, como si hicieran penitencia.

En cuanto el señor vio a su esposa, emocionado, se acercó a ella y la saludó:

- ¡Hola, cómo estás, qué estás haciendo!
Al ver a su marido en aquel lugar, la difunta mujer quedó bastante impresionada pues aún no era tiempo de que aquél viajara al otro mundo.
- ¡Pero qué haces! ¿Cómo te has atrevido a venir aquí? No puedes venir aquí de esta manera. ¡Regresa de inmediato, por favor! No puedes estar entre nosotros.
- Perdón por venir de esta manera, es que los niños y yo te extrañamos mucho, no sabes cuánto te necesitamos, nos haces mucha falta. Así que he venido por ti para pedirte que vuelvas con nosotros, por favor.
- No puedes pedir eso. Déjame en paz, te lo suplico. ¡Ve, regresa, vuelve con los hijos, ellos te necesitan!

El hombre no entendía por qué su difunta esposa no podía regresar a este mundo e insistía:

- Anda, ven conmigo, te lo suplico. Vayamos con nuestros hijos y volvamos a ser felices.
- No, lo que me pides es sencillamente imposible. No niego que yo también los extraño y los quiero mucho pero debemos entender que tú y yo ya nos somos iguales, ahora pertenecemos a dos mundos diferentes. Yo ya pasé la fase de vivir entre ustedes, y no puedo volver allá en la misma forma, y tú aún no has sido llamado a este mundo, por lo que todavía no es tiempo de que estés entre nosotros, así que tienes que irte. Además, debo decirte que aquí yo ya tengo una nueva pareja.

El pobre hombre no podía creer lo que estaba escuchando.

- Anda, vuelve con los hijos y no me extrañen ni sufran más por mí. Resignémonos a vivir cada quien su propio destino y no vuelvas más acá hasta que no seas llamado a este mundo. Anda, vete, que tengo que ir a casa porque mi marido está por llegar.
- Teniéndonos a nosotros y queriéndonos tanto como dices querernos, yo no creo que estés viviendo con alguien más, así que te ruego me permitas ir contigo a tu casa para cerciorarme de que me estás hablando con la verdad.

Con el propósito de que aquel señor supiera la verdad y se resignara a dejarla en paz, regresando a este mundo al lado de sus hijos, decidió llevarlo a su nueva casa no sin antes advertirle que tenía que esconderse para no ser visto por su actual marido porque los que vivimos en este mundo no somos bien vistos allá y somos considerados unos intrusos.

- Esta es mi nueva casa desde que llegué aquí –le dijo–. Es aquí donde vivo con mi marido. Pero no te quedes allí, tienes que esconderte, así que súbete al tapanco y no hagas ruido ni bajas, por favor, hasta que no te lo indique. Mi marido llegará de un momento a otro.

Apenas aquel señor había subido al tapanco cuando llegó el nuevo marido de aquella difunta mujer, era una comadreja que había ido de cacería y traía una rata muerta en su lomo.

- Hola, ya estoy aquí.
- Hola, cómo te fue –contestó la mujer.
- Muy bien –respondió la comadreja, cacé un venado enorme, pesa demasiado.
- ¡Qué bueno!, gracias a Dios, así tendremos de comer. Yo también acabo de llegar, fui a lavar la ropa al manantial. Descansa un poco, has de venir cansado, ya estoy calentando la cena.
- Sí, gracias –respondió la comadreja, para luego exclamar: ¿Qué es eso que huele tan mal? Percibo el olor desagradable de un *nääxwinkujk* (quienes viven parados sobre la tierra). ¡Apestan horrible!
- Ha de ser alguno de ellos que está pasando por la entrada del camino que conduce hacia acá

–respondió la mujer.

- Probablemente –asintió con cierto asco la comadreja.
- Lávate las manos para que cenemos y descansemos porque ya es tarde.
- Sí, gracias –volvió a responder la comadreja.

En seguida cenaron. Y cuando obscureció y los habitantes de aquel mundo se durmieron se empezaron a escuchar quejidos y lamentos por todas partes, los cuales se fueron haciendo cada vez más fuertes y lastimeros conforme iba avanzando la noche. Al oír esto, el señor no podía dormir pues aquellos llantos y lamentos le causaban mucho miedo; entonces, se asomó discretamente por las rendijas del tapanco y pudo mirar el cuerpo cadavérico de su esposa tendida en el suelo alumbrado por cuatro velas a sus costados, aquella difunta mujer gemía lastimosamente. Fue entonces cuando aquel señor comprendió en qué consistía la muerte y qué tan diferente era la esencia de aquellos seres que ya han fallecido aquí, en este mundo, y que, por tanto, ya se han ido a vivir al otro mundo.

Al otro día muy temprano, cuando la comadreja salió a trabajar, la mujer habló a quien había sido su primer esposo para que descendiera del tapanco, diciéndole:

- Ya puedes bajar de allí. Debes irte y volver con los niños, ellos te necesitan. ¡Anda!, ¡ve!, el camino es fácil de seguir. Toma estos cuatro tamales para que los comas con los niños, los hice especialmente para ustedes, tienen suficiente carne de venado. Adiós, que te vaya bien y que Dios los bendiga.

Resignado a aceptar la nueva condición de su esposa, el señor preguntó:

- ¿Irás algún día a visitarnos?
- Iré cada vez que sea *Āp xëëw* (La fiesta a los antepasados) para ver cómo están y para convivir con ustedes y los demás familiares aunque sea tan solo por dos o tres días, ya que sólo en esas fechas se nos está permitido salir todos a la vez por todo este tiempo, excepto aquellas personas que han fallecido recientemente y que, por lo tanto, acaban de llegar a este otro mundo, como lo es mi caso, quienes no tenemos permitido salir sino hasta la próxima celebración de *Āp xëëw*;

mientras tanto, nos tenemos que quedar a cuidar la casa ante la ausencia de los demás. Así que en la próxima celebración de la fiesta a los antepasados no podré ir sino hasta la otra.

El señor insistía a la difunta mujer que buscara la manera de ir a visitarlos pronto, que un año de espera sería demasiado para él y sus pequeño hijos. La señora, por su parte, prometió que hablaría con las autoridades para que le permitieran hacer un viaje rápido a este mundo para atender un asunto familiar muy urgente y que esperaba la comprensión de dichas autoridades para poder autorizarle el permiso.

- De cualquier manera, necesito que construyas un *tsa'x* (coscomate, la casa del maíz) a un lado de la casa para que pueda yo llegar allí. Allí me recibirán y podremos hablar por un momento, sólo que debo regresar de inmediato, no se nos está permitido permanecer mucho tiempo allá.
- Está bien –dijo el ex marido. Construiré el coscomate en cuanto llegue y espero que te permitan salir para que los niños puedan verte una vez más, yo estoy seguro que eso los haría inmensamente felices.
- ¡Anda!, ya vete y dile a nuestros hijos que los quiero mucho.

Sólo así el pobre hombre aceptó separarse de su difunta esposa. No tuvo dificultad para hallar el camino de regreso, así que pronto estuvo de nuevo con sus hijos, a quienes les platicó emocionado el encuentro que había tenido con su difunta mamá.

- ¡Hijos, he visto a su mamá, vengo de hablar con ella! –exclamó emocionado el señor ante sus pequeños hijos.
- ¿Dónde está nuestra mamá, papá? ¿Cómo está? ¿Cuándo va a venir? –preguntaban emocionados los niños.
- Ella está bien hijos, vive en un pueblo similar a éste, me dijo que los quiere y extraña mucho y que es muy probable que venga a visitarnos pronto.

Los niños estaban muy felices al saber que su mamá no se había olvidado de ellos y, más aún, se

ilusionaron mucho al saber que, quizá, muy pronto tendrían la oportunidad de tenerla en casa aunque tan sólo fuera por unos momentos.

- Por cierto, su mamá les mandó unos tamales de venado que pondré aquí en el *kaakysyaay* (red para guardar la comida) para que no los alcancen los perros u otros animales dañinos que podrían comérselos.

Más tarde, ante la ausencia de su papá y el deseo de saborear la comida preparada por su mamá, los niños bajaron los tamales con la ayuda de un palo, los cuales reventaron al caer desde lo alto. En ese momento se dieron cuenta que no era carne de venado lo que contenían aquellos tamales sino *jow* (moscas), *tsatsy* (moscardones) y *tënë'k* (gusanos), insectos propios de *Ja tuk it*, de modo que no los pudieron comer.

En los siguientes días el señor construyó el coscomate como se lo había pedido la finada mujer y, cuando estuvo terminado, se dispusieron a esperarla. Sabían que la difunta esposa y madre podría llegar de un momento a otro, así que constantemente iban a asomarse al interior de la casa del maíz.

Un día que uno de sus hijos fue a asomarse al coscomate volvió corriendo, muy asustado, y, a gritos, dijo a su padre:

- ¡Papá, hay una gran culebra en el coscomate!

Sin entender lo que estaba pasando, aquel señor tomó un palo y se dirigió a toda prisa al coscomate donde empezó a golpear a aquel animal hasta matarlo. Cuando fueron a tirarla, los curiosos la identificaron como una *äp tsä 'äny* (culebra ancestral).

Inútilmente esperaron los siguientes días, aquella difunta mujer nunca llegó, de modo que quedaron aún más tristes. El señor se sentía, incluso, decepcionado, necesitaba saber qué había pasado, por qué su difunta esposa no había ido a visitarlos. Ante esta preocupación, aquel señor decidió regresar a *Ja tuk it* para entrevistarse nuevamente con aquella finada mujer.

En cuanto estuvo ante ella, le reclamó directamente:

- ¿Por qué no fuiste a visitarnos? ¿Acaso no te permitieron salir? ¿O qué fue lo que pasó? Construí el coscomate como me lo indicaste y nos pusimos a esperarte impacientes pero nunca llegaste.
- Yo cumplí mi palabra y fui a visitarlos pero tú no supiste recibirme, me golpeaste sin piedad. ¡Mira cómo me dejaste! –respondió aquella mujer señalando los moretones y las heridas en su cuerpo.
- ¿Cómo? ¿La culebra que estaba en el coscomate?
- Sí, esa culebra era yo. Veo que aún no acabas de entender que yo ya no soy como era cuando vivíamos juntos. Yo ya soy muy diferente a ustedes y mi retorno a la tierra jamás será como cuando viví allá. ¡Anda!, ¡ve!, regresa con nuestros hijos y no vengas más acá hasta que no llegue el tiempo en que seas mandado a llamar por los principales de este lugar.

Fue así como aquel señor supo que las personas que ya han fallecido y que, consecuentemente, se han ido a vivir a *Ja tuk it*, el otro mundo, son, en realidad, ya muy distintos a los que vivimos aquí en *Tuk it*, este mundo.

4.2.5. El señor que no creía que las almas de los difuntos nos visitan en *Āp Xěěw*, la Fiesta a los Ancestros¹⁶⁸

Narradora: Señora María Teresa Gómez, 80 años (†)

Había una vez un señor que no creía que las almas de las personas que han fallecido vienen a visitarnos y a convivir con nosotros en *Āp xěěw*, la Fiesta a los Ancestros.

Eran los últimos días del mes de octubre y ya se acercaba la celebración de esta fiesta. Todas las personas de la comunidad se preparaban para la gran celebración. Cada familia procuraba tener lo necesario para recibir, como se debe, a las

almas de sus fieles difuntos: pollos, guajolotes, fruta, golosinas, cigarros, licor, pan, refrescos, chocolate, flores, velas, veladoras; en fin, todo lo necesario para arreglar el altar.

El señor que no creía en la visita de las almas no se preocupaba en lo más mínimo por conseguir lo necesario para recibir a las almas de sus difuntos padres y demás familiares. Al verlo indiferente, varias personas le dijeron que debía corregir su actitud y procurar tener al menos lo más indispensable para recibir a sus difuntos en los primeros días del mes de noviembre.

Aquel señor no sólo no creía que las almas de los muertos vienen a visitarnos y a convivir con nosotros en los llamados días de muertos sino que se burlaba de todos aquellos que se esmeraban por tener todo lo necesario para poder agasajar a las almas de sus familiares y amigos ya fallecidos.

- ¿Quién ha muerto y ha regresado para asegurarnos lo que ustedes dicen? Eso es mentira, yo no creo nada de eso, ustedes deben estar locos –decía.

Llegó el Día de Muertos y todos tenían arreglados sus altares, mataron sus pollos y guajolotes, prepararon tamales, otras comidas y bebidas y las pusieron en sus altares como ofrenda a las almas de sus familiares, compadres, padrinos y amigos. Así recibieron muy felices y de buen modo a todas las almas de las personas que ya han fallecido.

El señor que no creía que las almas venían a este mundo en esos días había puesto, intencionalmente y a manera de burla, una gran piedra en su altar. Y como había escuchado a la gente decir que los perros, a diferencia del común de nosotros, tienen la capacidad de ver a las almas de los difuntos, se untó la lagaña de su perro en los ojos y se subió al tapanco de su casa para observar, desde allí, si es que era verdad que las almas de los difuntos venían a visitarnos en esos días. Allí esperó pacientemente acostado boca abajo.

No llevaba mucho tiempo aguardando cuando escuchó las voces de sus finados padres quienes se aproximaban a su casa platicando muy contentos

168 Una versión ligeramente distinta de esta misma narración fue recopilada en Coatlán por Hoogshagen (s/f).

con otros familiares, compadres y amigos. Entre la conversación que aquellos sostenían, alcanzó a oír que sus padres decían a los demás:

- Pasemos a la casa de nuestro hijo, seguramente nos tiene algo preparado. Pasen, pasen. Pase compadre, pase comadre. Seguramente mi hijo ya nos está esperando. Pasen, por favor, tomen asiento.

Grande fue la decepción de aquellas pobres almas al no encontrar a alguien que los estuviera esperando y mucho más fue ésta cuando vieron que en el altar sólo había una piedra. Los padres estaban muy apenados y tristes. Sus acompañantes procuraban alentarlos diciéndoles que no se preocuparan que, quizá, se trataba tan sólo de un descuido de su hijo o que, tal vez, éste no había podido conseguir nada que ofrecerles.

- ¡No puede ser! –decían los padres, ahora ya molestos–. Si no hubiera podido conseguir nada para ofrecernos hubiera puesto, al menos, un vaso de agua en el altar pero no una piedra. ¡Esta es una burla!

Sus acompañantes trataban de tranquilizarlos diciéndoles:

- No se preocupe compadre, no se preocupe comadre, vamos a la casa de nuestros hijos, ellos siempre nos ha recibido bien todos los años.

Desde el tapanco, el señor incrédulo observaba atónito. No podía creer lo que estaba viendo. Allí estaban sus finados padres, tíos, tías, abuelos, abuelas y otras personas de la comunidad que ya habían fallecido.

La molestia de sus padres lo tenía muy atemorizado. Fue entonces cuando comprendió su grave error. Y más fue su miedo cuando oyó a sus padres decir que aquel hijo irrespetuoso merecía una lección: tenían que llevárselo para que supiera cómo es la vida de las almas y aprendiera a respetarlas.

Lo buscaron por toda la casa hasta que lo encontraron allí, en el tapanco. Aquel señor estaba temblando, tenía mucho miedo. De allí lo bajaron llorando y

suplicando el perdón de sus padres. Todo fue inútil, de nada sirvieron sus ruegos. Sus padres determinaron llevárselo con ellos para que las personas de aquella comunidad aprendieran que aquello que había hecho aquel hijo irrespetuoso era algo que no debía repetirse.

Ese mismo día falleció, por la noche se le veló y al otro día se le enterró. Se dice que fue él quien llevó cargando la red de provisiones de sus padres en su retorno a *Ja tuk it*, el otro mundo. También se dice que en esa red llevaba todas las cosas que las diferentes familias habían ofrendado a sus padres en otras casas. Entre todas aquellas ofrendas que llevaba estaba la gran piedra que él mismo había puesto en su altar.

Desde entonces se sabe que las personas que fallecen próximo a las fechas de celebración de *Āp xëëw* fungen como cargadores de las almas que han venido a visitar a sus familiares y amigos en esos días. Y que las almas de estas personas recién fallecidas aún no se les tiene permitido venir en la próxima Fiesta a los Ancestros o Día de Muertos a *Tuk it*, este mundo, puesto que en ese primer año toca a ellos quedarse a cuidar la casa donde viven, en *Ja tuk it*, mientras las demás almas vienen a visitar a sus familiares y amigos, y no será sino hasta después de ese primer año cuando ya podrán venir todos los años.

Es por eso que en cada *Āp xëëw*, la gran Fiesta a los Ancestros, debemos procurar tener todo lo necesario para poder recibir bien a las almas de nuestros familiares y amigos ya fallecidos para que así sepan que los queremos y extrañamos y, tanto ellos como nosotros, pasemos unos días de sana y grata convivencia. También para que no los hagamos pasar vergüenza, tristeza o coraje y nos quieran castigar, es mejor que tengamos una buena relación con ellos para que así quieran cuidarnos, protegernos y, además, aboguen siempre por nosotros ante los dioses para que vivamos bien en este mundo y no nos pase nada malo.

Comentarios:

En ésta y en la narración anterior, los *ayuuk* expresamos nuestra concepción acerca de la existencia de la vida después de la muerte y de la existencia de *Ja tuk it*, El otro mundo, un mundo idéntico a *Tuk it*, Este mundo, donde la vida transcurre de manera

similar a como se da aquí, en éste, donde vivimos. Asimismo, se tiene la convicción de que, además de nuestros dioses, existen animales y personas que tienen la facultad de ir y venir de este mundo al otro. En el caso de los animales, éstos fungen como mensajeros que son enviados por los seres divinos (o servidores comunitarios) a quienes auxilian. En el caso de las personas, éstas son, generalmente, sacerdotes y sacerdotisas quienes tienen la facultad de comunicarse con las almas de los difuntos y con los dioses mismos y su función primordial es ayudar a quienes así lo requieren a alcanzar el equilibrio y la armonía, sobre todo, en el ámbito social-espiritual, en los niveles individual, familiar o comunitario.

Las entradas al inframundo están en los cerros sagrados; de manera más puntual, en las cuevas (Reyes, 2008: 100), así como también en las grutas, los lugares donde hay agua y en el panteón o en los lugares cercanos a éste. Doña Matea Feria, sacerdotisa de Alotepec quien tiene la facultad de hablar a las almas de los difuntos, nos comentó que ella conoce el camino que conduce a *Ja tuk it*, El Otro Mundo; ella conoce allá, ha estado allá y ha hablado allá con algunas de las personas que aquí han fallecido.¹⁶⁹ Nos confirmó que aquél es idéntico a *Tuk it*, este mundo, y que allá los difuntos viven y trabajan de manera similar a como lo hacemos aquí, en el pueblo. Igual tienen sus casas y sus manantiales, donde se bañan y lavan su ropa; también tienen sus milpas y sus cercas donde tienden su ropa, e, igual, tienen sus guajolotes y pollos y su leña apilada junto a su casa. Asimismo, doña Matea insistió en la necesidad de proveer de alimentos, agua, prendas de vestir, prendas de ornato y algunos utensilios de cocina y de trabajo (como una jícara y un machete) a nuestros difuntos (colocándolos dentro de su ataúd) porque son cosas que necesitarán en su viaje a *Ja tuk it* y que también utilizarán cuando ya estén viviendo allá.¹⁷⁰

Estas almas siguen influenciando en gran medida nuestras vidas, conviven con nosotros, nos hablan, generalmente, a través de sueños y pueden o

169 La misma afirmación de conocer el camino que conduce al mundo de los muertos y de ir allá y regresar, la hacía la sabia mazateca María Sabina en sus cantos (Estrada, 2010 [1977]).

170 Comunicación personal de Doña Matea Feria, Alotepec, Oaxaca, 13 de junio de 2013.

ayudarnos o afectarnos según sea actitud hacia ellas. Hay un tiempo en que el mundo donde viven se abre, esto es entre fines de octubre y principios de noviembre y, entonces, vienen a visitarnos. En ese tiempo se les espera y todas las familias hacen fiesta grande para todos ellas haciéndoles diversas ofrendas y, actualmente, también se les reza oraciones de la iglesia católica para apaciguar cualquier sufrimiento de su parte. Esta fiesta propicia una relación de sana convivencia entre ellas y nosotros, al mismo tiempo que permite renovar y reforzar nuestros lazos interfamiliares.

Pero esta concepción y celebración va más allá de las comunidades del pueblo *ayuuk* ya que es propio de los pueblos mesoamericanos. Véase, por ejemplo, el siguiente fragmento de una narración que Alejandra Cruz Ortiz recopiló en voz de Epifania López, de Santa María Jicaltepec:

“Un vecino le preguntó a Juan: ‘¿Qué le vas a poner de ofrenda a tu mamá?’, y él en respuesta dijo: ‘Le voy a poner estiércol de vaca, que se lo lleve como pan, al fin que no es cierto que viene’. El anciano le dijo: no seas mal hijo, por lo menos préndele una vela ... No la dejes, por favor, en la oscuridad. ... Luego el anciano le dijo: ‘Busca un perro negro y quítale las lagañas y úntatelas en los ojos y vete al lugar donde hace cruz el camino, súbete a un árbol y espera que sean las doce, porque a esa hora regresan. Allí vas a ver cómo van de cargados los difuntos’. Cuando dieron las campanadas de las doce, vio que ya venían muchos caminando con sus velas prendidas y cargados de cosas que les habían puesto. Vio varias horas que pasaban y pasaban, pero su mamá, nada que pasaba ... De repente alzó la cabeza y vio desde lejos que venía una mujer a oscuras llorando. Cuando se acercó más adonde él estaba escondido, con gran asombro vio que era su madre quien iba llorando: llevaba un montón de estiércol de vaca. Al ver esto, Juan se puso a llorar y gritó: ‘Madre bendita, perdóname’. Corrió a arrodillarse donde ella iba. Ella no volteó a verlo ... (Cruz Ortiz, 1998: 147).”

En el caso del pueblo *ayuuk*, la celebración de *Āp xěw*, la gran fiesta a los ancestros (llamada

Todosantos por la iglesia católica) marca el fin de un ciclo y el principio de otro pues coincide con el término de nuestro calendario agrícola y el inicio de otro pues, como ya hemos visto en el capítulo anterior, nuestro año solar termina justo el último día de octubre para dar inicio a otro el 1 de noviembre. Es en estas fechas cuando se nombran a los nuevos servidores comunitarios, tanto del ámbito civil como del religioso, se hace limpieza general en la comunidad y es tiempo tanto de cosechar la milpa *pootn* (la de la temporada de lluvias, que se sembró en mayo) como de preparar el terreno para la siembra de una nueva milpa: la milpa *tä'k* (la de temporada de secas, que se cosechará en mayo próximo); es el tiempo en que termina la temporada de lluvias e inicia el período del frío seco e intenso.

4.2.6. *Toonëë*, el manantial mujer¹⁷¹

Narradora: Sra. Eulalia Montes Emeterio, 60 años.

El manantial llamado *Toonëë*, en Alotepec, es *to'oxynyëë*, es decir, es un manantial mujer. En ese manantial vive *te'ekytsya'any*, una culebra petate. Es por eso que nuestros abuelos decían que las niñas o muchachas tenían prohibido acercarse a él ya sea para lavarse las manos, tomar agua, agarrar agua para llevar a casa o a los lugares de trabajo, lavar ropa o bañarse allí.

Dicen que esta culebra es *kats*, o sea, tiene colores blancos y negros entremezclados, que es grande y se extiende tanto como un petate. Dicen que es así como atrapa a sus víctimas, extendiéndose y enrollándose con su cuerpo una vez que las tiene cerca para llevárselas al fondo del agua.

Dicen que para llamar la atención de las niñas y señoritas produce destellos de luces multicolores; con éstos, ellas se sienten atraídas y quieren tocarla pero una vez que la tocan o se acercan demasiado a ella ésta las atrapa y se las lleva dentro del cerro de donde mana el agua, donde vive con ellas. Después de cierto tiempo, tienen hijos y sus hijos son pequeñas culebritas.

Cuentan que hace mucho tiempo vivía una familia en *Nëëtaje'py*, Agua Escarbada, muy cerca de *Toonëë*, el manantial mujer. Esta familia tenía una hija y esta hija siempre iba a lavar ropa y a bañarse a *Toonëë* hasta que un día la atrapó la culebra petate y no volvió más a su casa.

Sus padres la buscaron desesperadamente por mucho tiempo pero nunca la encontraron. Al paso de los años, cuando sus padres ya la daban por perdida, su hija regresó a casa de manera repentina ya hecha una mujer. Su madre, sorprendida al verla regresar sana y salva, le preguntó angustiada que dónde había estado tanto tiempo y por qué se había ido sin avisar.

La mujer respondió que la había llevado alguien con quien vivía ahora y con quien tenía algunos hijos.

- Y quién es él.
- Es alguien muy bueno y que me quiere mucho, hoy va a venir a visitarlos para que lo conozcan porque también los quiere conocer a ustedes y les va a traer algunos presentes.

La señora estaba feliz de que su hija viviera bien, tenía marido e hijos.

Más tarde, dicen que llegó una gran culebra a la casa de los padres de la mujer. La señora, al ver entrar a la enorme culebra a su casa, se asustó mucho y tomando un palo lo empezó a golpear tanto como pudo, regañándolo y gritándole que se fuera de su casa.

La culebra traía varias cosas, entre ellas, ocote, leña, ropa, calzado, dinero, maíz, frijol, entre otros alimentos y trataba de esquivar los golpes resistiéndose a abandonar la casa.

La hija de la señora gritaba desesperadamente a su mamá que dejara de golpear a su marido, le decía que no lo maltratará porque él era su yerno pero la señora estaba tan enojada y asustada que no escuchaba los ruegos de su hija.

La culebra se dio cuenta de que la señora no dejaría de golpearla así que se enojó y mejor decidió irse de allí llevándose de vuelta todo lo que había traído para

171 Otras narraciones que hablan de una culebra petate se puede ver en Aguilar Domingo (1992: 171-172), Díaz Pérez (s/f) y Romero Méndez (2009 y 2013: 15-17).

sus suegros. Pero antes de irse, para desquitar su coraje, quemó aquella casa con un rayo, con lo cual los señores se quedaron sin un techo que los resguardara.

Una vez que la culebra petate se fue, la hija de la señora se enojó mucho con su mamá porque había golpeado y echado de su casa a su marido así que también se fue y no volvió más.

Dicen que la culebra petate posee mucha riqueza y que provee de muchos bienes a los padres y demás familiares de su pareja que lo tratan bien. Cuentan, entonces, que si la señora hubiera recibido bien y hubiera tratado con amabilidad a su yerno habrían vivido en la abundancia por el resto de sus vidas pero como no fue así, quedaron todavía más pobres de lo que eran antes de que los visitara la culebra petate, y vivieron en la confusión y el temor constantes hasta su muerte.

Comentarios:

Se dice que en Alotepec, al igual que en otras comunidades *ayuuk*, hay otros manantiales donde vive *te'ekytsya'any*, la culebra petate, entre ellos *Aakujkna'aapy*, el manantial de en medio, y el llamado San Francisco, el manantial que está más hacia abajo de los demás. También hay *te'ekytsya'any* en *Kämtëjknëjooty*, el manantial del rastrojo, donde antes había un gran pino, y en *Eniixynyëjooty*, debajo del lugar llamado *Tsutskjëjxy* 'el lugar cubierto de pasto'.

Esta culebra es de carácter sagrado pues es la encargada de cuidar el agua así como también de abastecer los manantiales para que siempre tengan agua y nunca se sequen. En este sentido, el agua y el lugar mismo de donde ésta mana son sagrados, de allí que los ancianos siempre recomiendan a los niños no ensuciar el agua, ni golpearla ni aventar piedras u otros objetos en su interior porque eso es faltarle el respeto al agua y al lugar, así como también molestar a la culebra quien podría ofenderse e irse llevándose el agua a otro lado, abandonándonos a nuestra suerte.

Como ya hemos visto, esta culebra es *Nëë-Tuu* (Agua-Lluvia), *Tuu-Poj* (Lluvia-Viento), *Aanääw-Wëtsuk* (Trueno-Rayos). Es buena y generosa con

quienes la tratan bien pero también es exigente y despiadada hacia quienes la tratan mal; de esta manera, o bien puede colmarnos de bienes y riquezas o bien puede despojarnos de lo poco que tenemos para dejarnos en la más extrema pobreza.

4.2.7. La familia que ofendió al maíz

Narrador: Sr. Gustavo Antonio, 70 años.

Se dice que hubo una vez una familia muy rica, que cada vez que rozaba y sembraba cosechaba grandes cantidades de maíz, frijol y calabaza. Y que, además de beneficiarse de todos estos productos, también cosechaba suficiente caña, plátano, café, chile, yuca, camote y diversos tipos de fruta. Era una familia muy próspera que, además, tenía varios animales de carga y ganado vacuno, y empleaba a muchas otras personas para la realización de las actividades cotidianas, así que esta familia tenía lo suficiente para vivir cómodamente sin pasar ningún tipo de necesidades.

Un día resultó que, confiado en la abundancia de su riqueza, la próspera familia empezó a faltarle al respeto a los diversos productos que los dioses le daban. Ni los padres ni los hijos recogían ya los granos de maíz, frijol y calabaza que caían al suelo; incluso, entre sus prisas, iban y venían sobre ellas pisoteándolas. Y cada vez que barrían ni siquiera se molestaban en escoger las semillas que se encontraban entre la basura antes de tirarla, es decir, tiraban la basura con todas las semillas que habían entre ella.

Ni el señor ni su esposa tenían ya respeto a las semillas que constituyen la base de nuestro alimento diario, tampoco pedían a sus hijos tuvieran el cuidado necesario hacia ellas. Ya no celebraban rituales de ningún tipo durante el proceso de cultivo de la milpa. Así continuaron, con la misma actitud, sin que nadie se preocupara en enmendar sus errores para respetar y pedir perdón a las semillas y a los mismos dioses que las envían para nuestro sustento cotidiano.

Posteriormente, la actitud del campesino llegó a tal grado que empezó a despreciar las mazorcas, ejotes y calabazas un poco dañadas; incluso, prohibió tajantemente a sus trabajadores recogerlas en los campos de cultivo pues consideraba que no eran dignas de ser consumidas por él y su familia, ni siquiera por sus animales.

Con el paso del tiempo y ante la indiferencia de aquella familia que nunca sintió la necesidad de pedir perdón y corregir sus errores, las semillas, se sintieron ignoradas, menospreciadas, ofendidas, así que, poniéndose de acuerdo entre ellas, poco a poco empezaron a retirarse de los campos de cultivo y de la casa de aquella familia. Después de algunos años, las semillas se habían ido casi por completo.

Las semillas se sintieron profundamente ofendidas, sobre todo las de maíz cuyas semillas son las más delicadas, y se quejaron ante los dioses que son quienes las mandan a la tierra para ser alimento de los seres humanos y los animales.

De las semillas que cultivamos, todas son sagradas y merecen el mismo grado de atención y respeto; pero, de todas ellas, las de maíz son las más delicadas y requieren ser tratadas con mayor cuidado ya que son ellas las que nos sostienen y nos sustentan día con día, por lo cual son las más indispensables.

A consecuencia de lo anterior, el campesino y su familia comenzaron a empobrecer pues aunque sembraban las cosechas ya no se daban del mismo modo como se daban anteriormente. Cada año era menos la cantidad de maíz, frijol y calabaza que cosechaban. El hambre, las enfermedades y las preocupaciones empezaron a llegar a su casa. Cada vez se escaseaba más y más la comida, la salud y la alegría, hasta que, con el paso del tiempo, quedaron hundidos en la más extrema pobreza.

El hombre vio deshecho su orgullo y se puso a rogar a las semillas y a los dioses para que lo perdonaran por sus actitudes irrespetuosas. Ante sus ruegos y lamentos, los dioses se apiadaron de él y su familia y llevaron a aquel hombre a la casa de las semillas para que éste pudiera hablar directamente con ellas con la mediación del Dios Trueno.

Una vez estando allí, en presencia de las semillas de las diversas especies de maíz, el Dios Trueno pidió a las semillas explicaran aquella actitud. Las semillas de maíz dijeron que ellas habían decidido retirarse de los campos de cultivo y de la casa de aquella familia por las actitudes groseras e irreverentes de los miembros de ésta ante ellas. El hombre se disculpaba

repetidas veces e imploraba su perdón. Las semillas decían que aquel señor no era digno de ser perdonado y que no volverían más con él porque no estaban dispuesta a seguir soportando sus irreverencias.

Koonk Aanääw, El Dios Trueno, viendo el sufrimiento de aquel pobre hombre pidió a las semillas de maíz reconsideraran su actitud y dieran a aquella familia la oportunidad de enmendar sus errores. Por su parte, las semillas de maíz se negaban rotundamente a regresar con aquel señor. Entonces, el Dios Trueno pidió una a una a las diferentes especies de maíz que hicieran el favor de acompañar a aquel hombre y su familia a su casa, que allí iban a ser bien recibidas y que, de ahora en adelante, serían tratadas con todos los respetos y honores que se merecen.

Así, pidió al maíz blanco regresar con aquel hombre a su casa y sus campos de cultivo y el maíz blanco se negó rotundamente a ello diciendo que aquel señor tan orgulloso y engreído no era digno de compasión. El Dios pidió entonces al maíz morado ir con aquel pobre campesino y el maíz morado dijo que no, que aquel señor era demasiado soberbio e irreverente y que éste no estaba dispuesto a seguir tolerando sus groserías.

Entonces, el Dios Trueno dijo al maíz pinto que se compadeciera de aquel pobre hombre y que lo acompañara a casa nuevamente y el maíz pinto dijo que no, que él no permitiría que le siguieran faltando al respeto como tantas veces lo había hecho aquel hombre y su familia. Ya sólo quedaba el maíz amarillo, el llamado *pënuutsy* en lengua *ayuuk*. *Koonk Aanääw*, El Dios Trueno pidió, entonces, al maíz amarillo que volviera a casa de aquel pobre hombre. El maíz amarillo tampoco quería volver ni a los campos de cultivo ni a la casa de aquel hombre extremadamente altivo y arrogante.

El pobre hombre rogaba el perdón y la compasión del maíz amarillo y le suplicaba que volviera con él y con su familia, prometiéndole que de ahora en adelante lo tratarían bien, que lo iban a valorar y a respetar como era debido y que le celebrarían los rituales necesarios presentándole las ofrendas correspondientes. Finalmente, ante la insistencia de los dioses y los ruegos de aquel pobre hombre, el maíz amarillo se apiadó de él y aceptó acompañar a

su casa a aquel pobre campesino no sin antes advertirle que ante otro comportamiento similar de su parte, se retiraría de él y su familia para siempre.

El pobre campesino agradeció la intervención del Dios Trueno y la disposición del maíz amarillo por haberle dado la oportunidad de albergarlo nuevamente en su casa. El maíz amarillo volvió a los campos de cultivo y a la casa de aquel hombre. Así, celebrando los distintos rituales que se ofician durante las distintas etapas del proceso de cultivo del maíz y respetando en gran medida a las semillas, éste y su familia volvieron a tener este grano sagrado de regreso en sus campos y en su casa y con ello lo máspreciado e indispensable del alimento y sustento diario.

Comentarios:

La variedad *pënuutsy*, en varias comunidades *ayuuk* de la zona media, es una especie de maíz cuya mazorca es relativamente pequeña con granos de color amarillo. Éste es el maíz más noble, más sencillo, más humilde; no es tan delicado como las otras variedades de maíz; siendo así, es el que se da en climas y tipos de suelo más variados pues igual se da en zonas frías que en zonas cálidas y tampoco tarda mucho en salir y estar listo para ser consumido.

El maíz es altamente sagrado y, por lo mismo, bastante delicado y se ofende, se entristece en extremo cuando se siente despreciado e, incluso, llora ante la actitud grosera de la gente que no lo valora, aprecia y respeta, porque es un regalo de los dioses para los seres humanos y los animales: en suma, es el alimento diario y la vida misma pues de ello estamos hechos. El maíz es también alimento para los mismos dioses, de allí que siempre se ofrezcan en los rituales pues constituye uno de los principales componentes de las ofrendas que se depositan en los sitios sagrados.

Las plantas y los animales, al igual que la tierra y los elementos de la naturaleza como el agua, fuego lluvia, viento y el mismo tiempo y espacio, escuchan y entienden el lenguaje humano. No se les debe ofender ni con las palabras ni con los actos. No debemos pelear ni discutir por ellos o delante de ellos pues pueden molestarse y castigarnos o irse, abandonándonos a nuestra suerte, con lo cual pasaremos hambre y otras

necesidades pues aunque les roguemos que vuelvan con nosotros no querrán volver más a nuestro lado, con lo cual quedaremos en la orfandad y la pobreza; esto es, padeciendo hambre, preocupaciones, enfermedades, entre otras desgracias que nos llevarán sin remedio alguno a nuestra descomposición y muerte.

Los productos alimenticios que nos otorgan nuestros dioses no deben ser despreciados por algún defecto en su forma o consistencia. En cuanto cae una semilla al suelo hay que levantarla inmediatamente o en cuanto veamos alguna tirada por el camino, igual, hay que recogerla para colocarla junto a sus compañeras porque está estrictamente prohibido pisarlas o ignorarlas. Cuando se barre, de les debe sacar de entre la basura antes de tirar ésta, no se les debe desechar y mucho menos quemar.

Porque ellas también sienten, se entristecen y lloran. De igual modo, cuando se les trata bien, se les habla y se les respeta, como es debido, estarán felices y vigorosos, nos apreciarán y estarán dispuestos a acompañarnos siempre, de modo que nunca nos dejarán sufrir.

Al respecto, vale la pena citar aquí las palabras de Doña Crescencia Jiménez Quiroz, de Chalcatongo (una comunidad de la llamada Mixteca Alta), en Ñuu Dzauí:

“... La gente va a pepenar en la milpa ... Y, una vez, cuando algunos llegaron y estaban pepenando allí, escucharon hablar y murmurar ... en medio de la milpa, dicen. ... Llegaron ellas, las mazorcas, allí se amontonaron y allí nomás estaban y platicaban: ‘nos dejaron solamente porque estamos enfermos y nos desprecian, deja porque nunca más iremos con ellos’, decían. Hablaban, hablaban. Y llegaron las gentes allí, supieron que los maíces hablaban, y los recogieron, los echaron dentro del costal y se fueron con ellos, cargándolos a cuestras se fueron. ... Por eso no está bien que dejemos las mazorcas descompuestas. Por eso pizcamos todas ellas y las guardamos para comer. ... Por eso no es bueno que dejemos este maíz, pues no es bueno ver un maíz, ver un frijol [tirados]; con cuidado debemos recogerlo. ... Este maíz es Jesucristo, por eso no lo debemos despreciar. Vamos a comer este maíz, este Jesucristo ... porque el maíz es santo ... Cuando se va a sembrar o revolver la tierra piden permiso ... Tiran aguardiente cuando entran a

trabajar en la milpa. Hasta los señores que entran a trabajar con la yunta, así pues se persignan. Entran con respeto pues, no entran como quiera. ... No es nada bueno que pisemos el maíz, porque es Jesucristo, es Dios pues. No es nada bueno que [sólo] lo miremos y lo pisemos, o un frijol, sino con cuidado lo debemos recoger en el camino ... lo debemos recoger con delicadeza, porque es el divino maíz, la divina semilla ... (Anders, Jansen y Perez Jiménez, 1994: 127-129)''.

Es así como sabemos que las semillas son divinas, así que se les debe hablar respetuosamente; se les debe agradecer su compañía y ayuda y también se les debe pedir perdón ante cualquier error de nuestra parte. Se les pide que no se vayan, que no nos abandonen, que nunca hagan falta en nuestra casa para el sustento diario de nuestras familias.

Actualmente, el maíz amarillo es la única variedad de maíz que se da un poco más en nuestros terrenos de cultivo; las demás variedades se dan menos, desde aquella vez que éstas decidieron retirarse por la actitud irrespetuosa de aquella familia que no supo valorarlas. Por eso ahora se procura valorarlas y respetarlas lo más posible. En cuanto se le ve en el suelo hay que levantarlas inmediatamente, no se les debe pisar; no se les debe tirar o desechar entre la basura mucho menos quemar.

Cuando se les cultiva se debe celebrar los rituales correspondientes: al iniciar la preparación de los terrenos; al depositarlos en el seno de la tierra; al culminar el espiguelo de las plantas, y en el momento de iniciar la cosecha. Esto es para agradecerles el hecho de que estén en nuestros campos de cultivo y en nuestras casas. Son nuestras invitadas de honor y huéspedes distinguidas, por lo que es un verdadero honor albergarlas en nuestras casas.

Estas semillas son un regalo de nuestros dioses y son ellas quienes nos dan la existencia y la vida. No valorarlas y no respetarlas es no valorar y no respetar a nuestros dioses, a nuestros ancestros y a nosotros mismos. Los dioses que los envían son *Xëëw*, el Sol, *Po 'o*, la Luna, *Aanääw*, El Trueno, *Wëtsuk*, El Rayo, *Tuu*, La Lluvia, y *Poj*, el Viento, y se concreta con la ayuda de *Näaxwiinyëtë*, La Tierra, la que es *Tääk-Tsi'isk*, Madre-Senos. Son estos seres divinos los que nos sostienen, los que nos

sustentan; quienes nos dan su calor, su luz; quienes hacen posible nuestra existencia.

4.2.8. El señor que no compartía su maíz con nadie

Narradora: Sra. María Teresa Gómez, 80 años (†).

Hubo hace mucho tiempo un señor muy rico que tenía mucho maíz, frijol, animales y otros bienes. Tenía todo, no le hacía falta nada. Cada vez que hacía milpa cosechaba bastante maíz y frijol. Empleaba a muchos mozos y su casa siempre estaba llena de estos productos y muchas cosas más. Pero dicen que este señor tenía un gran defecto, era demasiado egoísta, nunca daba nada a nadie, ni siquiera prestado, ni un poco siquiera de lo mucho que tenía porque siempre temía que no le pagaran ya que así perdería parte del producto de su trabajo. Cuentan que ni siquiera a su propia madre le tenía ninguna consideración.

Dicen que su mamá era una señora viuda ya anciana, que vivía sola porque no tenía más hijos y que ya no podía trabajar. Esta señora pasaba muchas necesidades, juntaba su leña en el monte como podía e iba a cortar yerbas comestibles al campo para poder comer, otras veces iba a buscar restos de cosecha a los rastrojos donde la gente ya había pizcado, allí encontraba algunas mazorcas y un poco de ejotes.

Cuando, a veces, algunas personas se compadecían de ella le pedían o que les barrera su casa o que les desgranara su maíz, entre otras cosas muy sencillas; este era el tipo de trabajos que ella, por su avanzada edad, todavía podía hacer, así es como, algunas veces, le regalaban un poco de comida.

Las familias más buenas, además de darle de comer le regalaban un poco de maíz y frijol o chile y sal o un trozo de panela y un poco de café molido. Otras veces le daban un poco de jabón o cosas usadas que ya no utilizaban como alguna ropa, un par de huaraches, algunos listones para trenzas, un peine, entre otras cositas.

Pero había veces que la pobre viejita no conseguía trabajo ni alimento alguno y pasaba hambre. Ella sabía que su hijo era rico y que tenía mucho maíz y frijol pero también sabía que su hijo siempre le negaba las cosas

pues varias veces fue a verlo a su casa para pedirle un poco de maíz y su hijo nunca le daba nada.

- ¡Ay hijo! Perdóname por molestarte, ahora sí no tengo nada de comer. ¿Podrías prestarme un poco de maíz? En cuanto alguien me dé un poco te lo repongo –le decía.
- ¡No! –contestaba su hijo. No tengo maíz de más o ya se acabó o es para mis animales o es para sembrar. El señor siempre encontraba algún pretexto para no darle un poco de maíz a su mamá–. ¡Trabaja, no seas floja!, yo trabajo duro por eso tengo lo que tengo, a mí nadie me regala nada –le gritaba.

Este señor siempre respondía de la misma manera a su mamá, nunca se compadecía de ella. Y la viejita, aunque no se enojaba con su hijo puesto que lo quería mucho, se ponía triste porque siendo su propio hijo no le quería dar ni siquiera prestado un poco de maíz.

Era más bien la esposa del señor, la nuera de la viejita –quien era una buena persona–, quien se compadecía de ella y, cuando podía, le regalaba un poco de maíz a escondidas; así que, la señora ya sabía que sólo cuando su hijo no estaba en casa podía conseguir de vez en cuando un poco de maíz de manos de su nuera.

Esta señora, por su parte, ya había dicho varias veces a su esposo que mejorara su actitud, que no fuera tan malo o, al menos, no con su mamá; que, mínimo, le tuviera un poco de compasión, sobre todo, por el parentesco que lo unía a ella, pero él nunca hacía caso de las súplicas de su esposa; al contrario, éstas lo hacían enojar aún más.

Un día, la anciana pensó que su hijo no estaba en su casa, que ya había salido a trabajar, y decidió ir a ver a su nuera para pedirle un poco de maíz, así que se encaminó hacia la casa de su hijo, pero su hijo sí estaba en su casa, no había salido a trabajar, y desde lejos la vio venir.

- ¡Ay, allí viene mi mamá otra vez, cómo molesta! De seguro viene a pedir prestado un poco de maíz como siempre. Si te lo pide no se lo des, dile que me lo pida a mí pero dile que ahora no puedo atenderla porque estoy descansando, que regrese

más tarde porque estoy durmiendo –, y se metió rápidamente a su casa para irse a acostar a su cama.

Cuando la señora llegó a la casa de su hijo, pidió de favor a su nuera que le diera un poco de maíz. Su nuera, haciéndole señas para hacerle saber que allí adentro estaba su hijo, le contestó fuerte y le dijo que no podía darle nada, que mejor regresara más tarde a pedirselo personalmente a su hijo, que porque en ese momento él no podía atenderla puesto que se encontraba dormido.

El señor estaba en su cama acostado fingiendo dormir y todo lo estaba escuchando. La viejita, sin decir nada, entendió la seña que le había hecho su nuera y volvió a su casa tristemente, en silencio. Dicen que después de este suceso, en realidad, el señor se quedó profundamente dormido pero que se quedó dormido para siempre, no volvió a despertar nunca más.

Se comenta que esto le pasó a este señor por haber negado el maíz y, peor aún, por haberlo negado a su propia madre. Se dice que el maíz es un grano sagrado y quien lo tiene es porque le ha sido dado por *Koni'kyxy Tääk-Tsi'isk*, nuestra Sagrada Madre Tierra y por los *Koonk Aanääw-Wëtsuk*, los Dioses Trueno y Rayo; siendo así, quien lo alberga en su casa debe cuidarlo y respetarlo, de ninguna manera debe maltratarlo o desperdiciarlo y, sobre todo, está obligado a compartirlo, nunca debe negarlo a nadie mucho menos a quienes tienen extrema necesidad de él.

Comentarios:

Rojas registra una versión similar de esta narración en Chichicaxtepec, Mixe, donde se dice que una señora negó el maíz a su mamá, razón por la cual *Naaxwin*, La Madre Tierra, se enojó convirtiendo el maíz de la señora en langostas quienes se comieron a la señora que había negado el maíz “Por eso, cuando tenemos maíz ... hay que ofrecerla y no ocultarla; aunque sea un poquito, hay que darla, porque si no *it Naaxwin* se enoja (Rojas, 2012: 100)”.

Por su parte, Molina Cruz dice que en Zoogocho, una comunidad zapoteca de la Sierra Juárez de Oaxaca, se dice que una viejecita lloró cuando su hijo le negó el maíz y que, por este hecho, todo el

maíz del señor se convirtió en langostas, mismas que arrasaron por completo con todas las milpas por siete largos años, tiempo en el cual la gente padeció mucha hambre porque por todo este tiempo “la bárbara langosta azotó y devoró la milpa, del cogollo a la raíz (Molina Cruz, 2003:6)”. En otras versiones de esta narración, el mismo recopilador (Molina Cruz, *ibídem*) registró que: a) los granos de maíz se convirtieron en langostas porque los esposos que habían levantado la nueva cosecha se habían peleado, la esposa se había ido de su casa y el esposo no celebró los rituales correspondientes para dar gracias a los dioses por la buena cosecha y dar los respetos necesarios al nuevo maíz que había llegado a casa, por lo que sólo encerró al maíz y se fue en busca de su esposa; al volver, al año, y abrir las puertas de su casa, una multitud de terribles langostas salieron de ella para oscurecer el cielo e ir a invadir, hambrientas, los cultivos, los cuales arrasaban en muy poco tiempo; b) el maíz convertido en langostas se comieron a la persona que había sido irrespetuosa y soberbia hacia él.

En otro caso, doña Domitila Ortiz Cruz, de Guadalupe Victoria, San Miguel El Grande, Tlaxiaco, Oaxaca (en la mixteca alta), nos compartió una versión similar de esta narración en la que se dice que una familia cosechó tanto maíz que ya no sabía qué hacer con él, de manera que, ante tanta abundancia, empezó a tapar las rendijas de su casa de viga (troncos rollizos) con masa (de maíz); fue entonces que, ante semejante falta de respeto, su maíz se convirtió en langostas, mismas que fueron tan dañinas que empezaron por comerse a aquella pareja de irreverentes personas para luego azotar a todos los campos de cultivo y todo aquello que se pudiera comer; así fue como, por varios años, toda la gente padeció mucha hambre.

4.2.9. La campana del cerro de Alotepec¹⁷²

Narrador: Sr. Federico Reyes Fernández, 85 años (†).

Cuentan que en cierta ocasión, dos señores de Alotepec se dispusieron a ir a la fiesta de un poblado

lejano llamado San Andrés. Pues bien, dicen que habiendo preparado previamente sus provisiones para el largo camino, llegado el día de la salida, pusieron su carga a sus espaldas y emprendieron su viaje. Y caminaron, caminaron y caminaron, así bordearon varios cerros y barrancos, cruzaron algunos ríos y valles y pasaron por muchos pueblitos, hasta que, después de varios días de camino a pie, finalmente llegaron a aquel lejano lugar.

Una vez estando allá, movidos tanto por su curiosidad como por la belleza de las campanas de las torres de aquella iglesia tan bonita, se les ocurrió subir al campanario donde, observando tranquilamente cada detalle, permanecían profundamente maravillados cuando, de pronto, llegaron hasta ellos varios habitantes del lugar quienes, sin más, los empezaron a regañar reclamándoles su atrevimiento para irrumpir en aquel recinto sagrado que cuidaban con mucho recelo. En seguida, tras una acalorada discusión, los dos visitantes fueron bajados a palos de aquel lugar.

Con esta actitud tan áspera y, por lo mismo, tan humillante de la gente de San Andrés, los dos señores de Alotepec quedaron tan, pero tan indignados, que pensaron en vengarse de ellos robándoles la mejor campana de su iglesia. Así que, valiéndose del poder que les daban sus naguales, que eran el rayo y el trueno, hicieron que las nubes se formaran de inmediato para que, en seguida, aquel cielo claro y lúcido se tornara en un cielo ennegrecido y opaco. Y de inmediato, se desató una gran tormenta, que empezó a llover a cántaros; así fue como, al tiempo que los rayos y los truenos caían sobre aquel pueblo destrozando algunos árboles y quemando algunas casas, aquellos dos señores surcaron el cielo con la rapidez y la ligereza de un rayo llevándose la campana más grande y más bonita de esa iglesia.

Cuentan que la tormenta no duró mucho; así que, pronto, los habitantes del lugar pudieron salir de sus refugios para correr, de inmediato, a examinar sus bienes, auxiliándose los unos a los otros; pues, se dice que si bien aquella tormenta había sido demasiado breve, había sido también una tormenta muy intensa. Y sucedió que, en esa ocasión, no dejaron un sólo sitio de la comunidad sin revisar, y fue así como se percataron de la falta de una de las campanas de su

¹⁷² Otra versión de esta narración puede ser vista en Torres (2003: 368-370).

iglesia pero, para entonces, ya era tarde, pues, aquellos dos señores ya habían llegado a las orillas de su pueblo con aquella enorme campana, misma que dejaron por un momento ahí donde hasta ahora le llamamos *Kampäänē'ëxjutwintipy* 'lugar de la seña de la base de la campana' o sencillamente 'lugar de la seña de la campana', mientras decidían qué hacer con ella; ahí se puede ver hasta ahora la huella que, por su gran peso, dejó en el suelo aquella enorme campana.

Y se dice, pues, que la gente de San Andrés sospechó inmediatamente de aquellos dos señores de Alotepec a los cuales señalaron como los causantes directos de aquella desgracia; así que, tan pronto como pudieron, se reunieron y, como dicen que varios de ellos también tenían por nagual al rayo y al trueno, rápido se fueron en su búsqueda tanto para castigarlos como para arrebatárles su campana. De esta manera fue como los de San Andrés fueron hasta Alotepec, pero, dicen que éstos ya los estaban esperando, así que se enfrentaron en una gran batalla; y rugieron y rasgaron el cielo ininidad de veces, y provocaron serios destrozos y quemazones y todo fue un verdadero desastre pero, finalmente, los de Alotepec hicieron huir a los de San Andrés, con lo cual pudieron conservar en su poder aquella gran campana.

Y dicen que la ofrecieron a la comunidad para que, de inmediato, fuera colocada en uno de los campanarios de su iglesia, pero que la gente no la aceptó puesto que había sido robada. Y fue así como, un tanto decepcionados de sí mismos por la imposibilidad de ver lucir aquella campana tan bonita en la iglesia de su pueblo, aquellos dos señores decidieron mejor llevársela al cerro donde, aun previendo su búsqueda y, por tanto, su posible rescate por parte de sus dueños originales, buscaron el rincón más apartado del cerro para esconderla de manera que pudiera estar segura, es decir, fuera del alcance de cualquier intruso. Y ahí dicen que la dejaron.

Así pasó mucho tiempo sin que nadie supiera nada de aquella campana. Hoy en día, la gente todavía recuerda aquel suceso comentando que la campana sigue escondida ahí en uno de los rincones de más difícil acceso del cerro de Alotepec y, aun cuando se cree que nadie la ha vuelto a ver, hay quienes afirman haberla visto diciendo que se encuentra en el fondo de una gran

la gruta, sostenida por una enorme víbora quien, celosamente, cuida de ella, aunque ambas se encuentran ya muy enmohecidas. Otro testimonio vivo que se tiene acerca de su existencia es que otras personas más, entre vecinos, viajeros, labradores y arrieros la han oído tañer, coincidiendo todos que estos tañidos se repiten tres veces justo a la media noche del día treinta de noviembre, el día de San Andrés.

Comentarios:

Sobre esta gran campana, Aguilar Domingo (1992: 211-212) menciona que varias personas han tenido el privilegio de oírla tañer en la fecha y hora señaladas, agregando que la dicha de poder oírla es señal de muy buena suerte. Sobre la culebra que la sostiene y cuida, Miller también recogió la idea de que las cosas de los antiguos y los tesoros son cuidados por los rayos y que éstos y las culebras son lo mismo (Miller, 1956: 244-245). En Alotepec se agrega, además, que esta campana se encuentra en la cima de *Naap kopk*, El Cerro de las guacamayas, cerca de una laguna que allí existe.

De los nahuales, es común escuchar que éstos cuidan y defienden al pueblo de los nahuales intrusos que llegan de otras comunidades o pueblos con el propósito de causar daños. De este modo, se habla de las luchas entre nahuales de comunidades o pueblos distintos o, incluso, entre los nahuales de personas de la misma comunidad por problemas personales. Miller (1956: 137-144) registra algunas narraciones que hacen referencia a la lucha entre nahuales de distintas comunidades *ayuuk*. Aguilar Domingo (1992: 198-205) habla de algunas experiencias nahualísticas en Zacatepec, Mixe, y algunas comunidades vecinas.

Acerca de los nahuales rayo, el señor Eulogio Gillow, obispo de Antequera, comentaba en sus *Apuntes Históricos*:

“Hay pueblos en que cuando truena, se juntan en el patio de la Iglesia para gritar y llamar al Mayor para que lleve las llaves y encierre al rayo en la cárcel, estando estos prevenidos con machetes para pegarle á dicho rayo, que es el contrario, según dicen, por si acaso quisiese caer sobre ellos. En los pueblos de Cotzocón y Candalloc, hubo hace poco un gran pleito por causa del rayo. Estos dos pueblos

se amenazan frecuentemente el uno al otro con la caída de los rayos, y habiendo caído uno de estos en Cotzocón el día 23 de Junio del presente año, víspera de San Juan, mató a tres hombres de este pueblo, y con este motivo hubo gran pleito muy serio con los de Candayoc (Gillow, 1889: 209)''.

Respecto del lugar llamado San Andrés, es muy probable que se trate de San Andrés Tuxtla, Veracruz, pues, al hacer referencia a este lugar, las personas señalan invariablemente hacia el Golfo de México. Sobre este mismo punto, existen otras narraciones que remiten de manera más clara a este lugar, el corazón del antiguo territorio olmeca. Una de estas narraciones es la registrada por Díaz Gómez, en Mixistlán (zona alta), en la cual se dice que uno de los cerros mujer, de nuestro actual entorno, llamada *Matyääkëm Nëë'okpët* (cuyo nombre significa, probablemente 'La que platica con el agua'), migró a Catemaco, Veracruz (territorio mixe-zoque), donde vive actualmente, a raíz de una discusión que se generó entre sus hermanos (Díaz Gómez, 2008: 32-35). Además, no hay que olvidar que existen suficientes evidencias lingüísticas y arqueológicas que han llevado a los científicos de hoy a considerar una relación estrecha de los hablantes de las lenguas mixe-zoqueanas, que se ubican en los actuales estados de Chiapas, Oaxaca, Tabasco y Veracruz con la gran cultura olmecas, cuya parte de sus miembros hablaron una lengua mixe-zoque.¹⁷³

Por último, no está demás recordar que durante el mes de noviembre se realizan actividades agrícolas importantes entre las comunidades *ayuuk* pues, por un lado, se está terminando de pizar la milpa *pootn*, la que se sembró en mayo pasado, y, por otro, se está iniciando la siembra de la milpa *tä'k*, la que se ha de cosechar en mayo próximo.

4.2.10. Los señores que tenían por nagual al jaguar

Narradora: Sra. María Teresa Gómez, 80 años (†).

Había una vez un señor que se hacía el débil, el enfermizo y el triste, porque no quería salir a trabajar como las

demás personas de su pueblo, porque no quería hacer nada: era un flojo. Siempre se le veía ahí sentado al sol, en su banquito, envuelto en una cobija, en el patio de su casa: nunca hacía nada. Era su esposa la que los mantenía a él y a sus hijos pues, para su buena fortuna, aquella mujer con la que se había casado, una mujer muy pobrecita, resultó ser una mujer muy honrada y muy trabajadora, así que gracias a ella comían.

Cierto día, un compadre suyo, quien salía del pueblo ya entrada la noche y regresaba antes del amanecer, lo invitó a trabajar con él y otro compañero que éste tenía, bajo la condición de callar un gran secreto que ellos tenían respecto a su trabajo; el enfermizo lo pensó un momento y, en seguida, aceptó, para luego hacer varias preguntas:

- ¿Y a qué se dedican compadrito?, ¿qué tanto hay que hacer?, ¿no se trata de un trabajo muy pesado? y, sobre todo, ¿me hará rico?
- Pues, mire compadrito, nosotros somos cazadores –respondió su compadre en voz baja, para luego continuar–, y siempre cazamos juntos, y cada vez que logramos agarrar un animal nos repartimos la carne en partes iguales. No cazamos muy seguido pero, cada vez que lo hacemos, cazamos sólo a los animales más grandes y gordos. El trabajo es fácil, y entre los tres lo podemos hacer más fácil todavía y, pues, nos va muy bien puesto que siempre tenemos carne suficiente para nuestras familias.
- ¿En verdad compadrito? –contestó de inmediato el enfermizo–, pues, me gustaría mucho acompañarlos, sólo que ni siquiera tengo rifle compadrito, ¿cómo podría yo ayudarlos? –agregó.
- No se preocupe compadrito, usted nos puede ayudar de muchas maneras –le respondió su compadre animándolo–. ¡Piénselo!, le irá muy bien y, si se anima, esta misma noche paso por usted para que empecemos a trabajar juntos –agregó, mientras se retiraba.
- Está bien compadrito, lo voy a pensar –dijo el enfermizo.

Esa tarde, después de pensarlo detenidamente y creyendo que estaba ante la oportunidad de su vida,

¹⁷³ Véase, por ejemplo, Campbell y Kaufman (1976), Justeson y Kaufman (1993), Kaufman y Justeson (2001), Pye y Clark (2006) y Wichmann y otros (2008).

el enfermizo comunicó a su esposa y a sus hijos que, a partir de entonces, se dedicaría a la cacería y, prometiéndoles muchas cosas, los convenció de que lo dejaran ir con su compadre en cuanto éste pasara por él.

Ya noche, su compadre pasó por él a su casa y se fueron, mientras su esposa se quedaba muy contenta, pues, al fin trabajaría y le ayudaría a mantener a sus hijos. Allá iban los compadres, en una total obscuridad; al enfermizo le costaba trabajo caminar así, a oscuras, pero así tenían que ir, puesto que, según le dijo su compadre, aquel trabajo así lo exigía, y así siguieron. Caminaron otro poco y llegaron a la salida del pueblo, ahí ya los estaba esperando su otro compañero.

Este era un señor de otro pueblo que el enfermizo no conocía. Se saludaron y platicaron un poco. En seguida, procedieron a esconder sus cosas para luego dirigirse a un pequeño plano cerca de allí, donde se convertirían. El enfermizo no entendía nada de lo que ahí estaba pasando. Ya era la media noche así que, sin más, sus dos compañeros lo sujetaron y lo lanzaron al aire, ayudándolo así en su primera experiencia. Al caer, el enfermizo se había convertido en un buen tanto de paja amarrada. Lo lanzaron por segunda ocasión, y cayó siendo un tigrillo. Lo lanzaron por tercera vez, entonces, el enfermizo cayó convertido, por fin, en todo un jaguar. En seguida, sus compañeros siguieron el mismo procedimiento pasando por, exactamente, las mismas formas quedando convertidos también en dos enormes jaguares, después de la tercera marometa.

Al principio, el enfermizo se asustó mucho de lo que estaba viendo, entonces, su compadre le dijo que no se asustara, explicándole que no había ningún problema puesto que, una vez habiendo hecho su trabajo, bastarían otras tres marometas para volver a su forma normal. Así fue como el enfermizo ya pudo sentirse más tranquilo.

Luego, después de decidir cuál sería la dirección a tomar esta vez, abandonaron el camino y se internaron en el espeso bosque alejándose de allí con una admirable rapidez, procurando hacer el menor ruido posible. Así recorrieron una enorme distancia

en un tiempo relativamente muy poco, tal como lo hace esa clase de animales, por eso son llamados animales-viento. Y, sin que el enfermizo se diera cuenta, de un momento a otro, ya estaban en terrenos de un pueblo bastante lejano. Ahí divisaron a un enorme toro negro, gordo, gordo, que pastaba con una envidiable tranquilidad. Entonces, planeando con gran silencio su ataque, se repartieron el terreno de acuerdo a la dirección del viento para no ser olfateados por su presa, y así poder acorralarlo con la finalidad de facilitar aún más su caza.

Y así, una vez que estuvieron listos, el del otro pueblo se lanzó primero de manera sorpresiva sobre aquel enorme animal quien, al descubrir a su atacante, pegó un gran salto pretendiendo huir desesperado pero se topó con el compadre quien, al momento, le dio dos fuertes zarpazos regresándolo hacia donde estaba el enfermizo a quien, al momento en que temeroso se disponía a atacar, el gran toro se le fue encima con gran bravura dándole una fuerte patada en la mera frente con lo cual lo aventó al fondo de un barranco, al mismo tiempo que el toro se perdía entre los ocotales y los encinos. Entonces, el compadre, pidiendo permiso a su ya muy enfadado compañero, corrió a auxiliar al enfermizo. Allí estaba el pobre como si estuviera muerto. Le habló, pero no le respondió. Lo sacudió, y nada. Había perdido el conocimiento. En seguida, tan rápidamente como pudo, lo sacó de allí e hizo todo para revivirlo.

Tardó bastante tiempo para que el enfermizo empezara a dar nuevas señales de vida pero, al fin, ahí estaba otra vez incorporándose lentamente. Sentía un dolor de cabeza horrible. Todo le daba vueltas. No sabía siquiera dónde estaba. Fue entonces cuando, un tanto temerosos, se dieron cuenta que aquel extraño los había abandonado a su suerte. Descansaron algún tiempo y, luego, emprendieron el regreso. Allí venían lentamente. El enfermizo caminaba como si estuviera borracho; se sentía mal, muy mal, tan mal que, por tramos, tenía que cargarlo su compadre.

Afortunadamente, pudieron llegar a tiempo a aquel lugar donde tenían que convertirse nuevamente para volver a adoptar su forma humana, lo cual el compadre logró de inmediato para, en seguida, ayudar al enfermizo a darse sus marometas, con el

fin de que volviera a ser hombre otra vez pero, para desgracia suya, todas aquellas marometas que se dio en medio de sus espantosos dolores resultaron inútiles pues, esa noche, el enfermizo no pudo convertirse. Ya casi amanecía cuando su compadre decidió ocultarlo para volver por él a la media noche. Así lo hizo y regresó a su casa rápidamente, mientras el enfermizo se quedaba allí oculto muy asustado, triste y bastante lastimado. Más tarde, en el pueblo, cuando la esposa del enfermizo bajó a la casa de su compadre a preguntar por su esposo, el compadre le dijo que no se preocupara por él puesto que éste se había quedado a ayudar a otra persona para ganarse algunos centavos ya que ellos no habían corrido con suerte esa noche pero que al otro día, muy de mañana, ya estaría de regreso; contestación que la esposa del enfermizo creyó, regresando sin preocupaciones a su casa.

Ese mismo día, poco antes de la media noche, el compadre acudió nuevamente a aquel lugar donde había dejado escondido al enfermizo. Ahí estaba el pobre esperándolo ansioso; ya se sentía un poco mejor. Al ratito, cuando dio la media noche, el compadre volvió a intentar convertir al enfermizo, lanzándolo al aire infinidad de veces, pero todo fue en vano. Lucharon toda la noche sin lograr su objetivo, por lo cual, ambos estaban muy asustados. Más tarde, decidieron abandonar aquellos inútiles intentos de conversión, tanto porque el compadre no podía hacer más por el enfermizo como por petición de este último quien ya se encontraba mucho muy lastimado.

- ¡Ya déjeme así, por favor, compadrito! –dijo llorando arrepentido y bastante asustado el pobre, resignado a pasar el resto de sus días bajo esa forma de jaguar que dos noches antes había adoptado.
- Está bien compadrito –le respondió su compadre llorando también, por aquella desgracia que su querido compadre había sufrido. Entonces, le rogó que lo perdonara a él, por no poder ayudarlo más para volverlo a su forma humana; y a su compañero, por haberlos abandonado a su suerte, argumentando, además, que la culpa no había sido tanto de ellos sino del toro, por la patada que le había dado.

- No se preocupe compadrito, yo lo perdono a usted porque sé que ha hecho todo lo posible por volverme a mi forma normal, y a su compañero también, aun cuando nos haya abandonado, puesto que no es de ustedes la culpa de que yo esté así ahora, ni del toro, ya que él sólo cumplió con defenderse; los únicos culpables de esta desgracia, por un lado, soy yo mismo por ser tan flojo, por no querer trabajar, por haber pensado siempre en obtener las cosas de la manera más fácil, por otro, fueron también culpables mis padres, por no haberme ordenado desde pequeño, porque nunca me pusieron a trabajar y porque siempre me consintieron mucho y dejaron que yo hiciera lo que quisiera; así que no se preocupe compadrito, usted sólo trató de ayudarme; puede irse en paz, yo no lo culpo –decía llorando amargamente y bastante arrepentido de no haber sido un hombre honrado y trabajador, el pobre enfermizo.

Fue entonces cuando el compadre entendió que su trabajo no era nada bueno, puesto que era un ladrón; decidiendo, desde entonces, abandonar aquel oficio y tratar, de allí en adelante, de ganarse la vida trabajando honradamente sin importarle que lo hiciera mediante muchos sacrificios; sin importarle que siempre fuera muy pobre. Pero un temor lo preocupaba bastante todavía, entonces, hizo otra desesperante pregunta a su compadre:

- Pero compadrito, ¿qué le diré a mi comadrita cuando pregunte por usted?
- No sé compadrito, no sé qué va a pasar ni qué va a ser de mí –decía aún más desesperado el enfermizo.

E idearon muchas explicaciones posibles pero ninguna de ellas les pareció lo suficientemente buena para ocultar tan grande desgracia a su familia. Fue entonces cuando el enfermizo decidió que lo mejor era que desapareciera para siempre y nunca jamás volver al pueblo, y que su esposa y sus hijos supieran la verdad de una buena vez. Pero no pudo irse así nada más, sino que quiso ir él mismo a su casa a ver a su esposa y a sus hijos por última vez y despedirse de ellos para nunca jamás volver a verlos.

Y así lo hizo. Primero, se despidieron entre su compadre y él en medio de un doloroso llanto y luego, aprovechando todavía la obscuridad de la noche, entró al pueblo y se dirigió a su casa a despedirse para siempre de su familia, con lo cual sólo logró asustar muchísimo a su esposa y a sus hijos, al ver éstos a un jaguar allí sentado junto a la puerta, mientras él trataba de calmarlos diciéndoles que no se asustaran, que era él y que no les haría ningún daño puesto que ahora los quería mucho y que sólo venía a despedirse, pues, ya se iba para siempre, ya que no podría más vivir en ese pueblo debido a la enorme desgracia que había sufrido.

Y sin más, con gran dolor, se despidieron para siempre, pidiendo mucho a su esposa y a sus hijos que no platicaran nada de esta triste historia a nadie, y que tampoco culparan a su compadre por lo que le había pasado, diciéndoles que él no tenía ninguna culpa. Y así, poco antes de que amaneciera, el enfermizo, en forma de jaguar, abandonó para siempre el pueblo para irse a vivir allá a la montaña, a la selva; allá donde viven los animales más salvajes; allá donde, desde entonces, le correspondía vivir y de donde nunca debía regresar, dejando como un último mensaje a sus hijos que se portaran bien; que respetaran a sus semejantes; que obedecieran a su mamá; y que, desde pequeños, fueran muy trabajadores para que, cuando fueran grandes, no fueran unos flojos como lo había sido él; y que, del mismo modo, cuando éstos llegaran a tener algún día sus hijos les enseñaran lo mismo pero, sobre todo, que les pidieran que no fueran ambiciosos ni ladrones.

Así fue como los vecinos de aquel pueblo nunca jamás volvieron a ver en el patio de su casa, sentado al sol en un banquito, envuelto en una cobija y sin hacer nada, a aquel hombre que se hacía el débil, el enfermizo y el triste porque no quería trabajar. Por eso nosotros no debemos de hacer lo mismo; sí, en cambio, seguir los consejos que el enfermizo dio a sus hijos al final de esta historia.

Comentarios:

La creencia en el nahual (un animal o fenómeno físico compañero con quien compartimos un mismo tiempo y un mismo destino), se encuentra bastante

extendida en Mesoamérica. El *tso'ok* (en lengua *ayuuk*) o *alter ego* (en la lectura antropológica), nace junto con nosotros, vive el mismo tiempo que vivimos nosotros, lo que le pasa a uno le pasa al otro; si se lastima o lo hieren nosotros padeceremos los mismos dolores o tendremos las mismas heridas, con las mismas características y en la misma parte del cuerpo. Si el nahual muere, nosotros moriremos también, al mismo tiempo y en las mismas circunstancias en que haya muerto aquel.

Si nuestro nahual es atrapado (*tso'okmäjtsëy*) o cae en un lugar del cual no puede salir nosotros enfermaremos y no nos curaremos hasta que nuestro nahual no sea liberado. Para ello requeriremos de la ayuda de un sacerdote o sacerdotisa *xëëmaapyë*, quien tiene poder sobre el tiempo y el destino, o *aatëëpë*, quien tiene la verdad en la palabra (comunmente llamados adivinos) quien podrá visualizar a nuestro nahual, saber en qué condiciones se encuentra y buscará la forma de rescatarlo para ponerlo a salvo. Con la liberación de nuestro nahual, nosotros recuperaremos la salud y volveremos a nuestras labores cotidianas.

El nahual se determinaba leyendo las huellas que había dejado éste entre las cenizas o cal que habían sido regadas previamente alrededor de la casa donde iba a nacer un nuevo ser o en un sitio sagrado exclusivo para ello o en algún lugar de culto cercano a la casa de la familia donde se iba a dar el nacimiento. Este acto estaba estrechamente asociado a la lectura de la cuenta de 260 días. Hoy día, que ya no es común la celebración de este ritual, se suele acudir ante un sacerdote o sacerdotisa *ayuuk* quien, a través de la lectura del maíz, podrá hablarnos acerca de nuestro nahual.

Sobre el procedimiento que una persona sigue para adoptar la forma de su nahual, tenemos narraciones similares a la que aquí se ha presentado. Así, Torres (2003: 389-391) registró en Alotepec que un señor para convertirse en jaguar da de marometas y se avienta a una fogata de donde salió primero un gato, después de otro salto salió un zorro y al tercer salto salió, finalmente, un tigre que empezó a rugir, y para recobrar su forma de hombre sigue exactamente el mismo proceso, pasando por los mismos estados, de manera inversa. Por su parte

Wonderly (1946: 99) nos dice, en una narración zoque, que para tomar su forma de nahual un señor “...da un salto mortal ... y se para de cabeza [y]... cuando está parado de cabeza se vuelve tigre”.

En el caso de las comunidades *ayuuk*, algunos hechos o acontecimientos suscitados por nahuales son mencionados por Gillow (1889), Miller (1956), Aguilar Domingo (1994) y Torres (2003), como ya lo hemos mencionado en la narración anterior. En estas descripciones, los nahuales son concebidos como guías, guardianes, defensores, protectores de las personas a las que están asociados o de las propiedades de éstas y de la comunidad en general. Se reúnen a la entrada de la comunidad, recorren los terrenos de la comunidad y ahuyentan a los nahuales intrusos. Si bien, igual, un nahual puede atacar a otro o sus pertenencias, ya sea por envidia o en venganza por algún daño sufrido anteriormente de parte de aquél. Otras veces, pueden organizarse y atacar en grupo a otra comunidad o vengarse de aquella por alguna agresión sufrida de parte del otro grupo. En estos hechos es común que, en forma de rayos, por ejemplo, destruyan un lugar sagrado de la comunidad contraria, como incendiar un cerro o destrozarse parte de él, quemar la iglesia o robar la campana de ésta, por mencionar algunos casos.

4.3. CONCLUSIONES

Las narraciones cumplen distintas funciones como pueden ser desde entretener y divertir a sus oyentes hasta disciplinar y normar la vida familiar y comunitaria, pero todas ellas permiten la transmisión de la cultura y la preservación de la literatura oral o memoria colectiva, al mismo tiempo que fortalece las habilidades lingüísticas de quienes participan de ellas desarrollando la comprensión, imaginación, fluidez en el habla y memorización o retención de ellas para su reproducción, por mencionar algunas.

Sin duda, las narraciones son el medio más antiguo a través del cual se ha transmitido la lengua, visión del mundo, la historia, religión y el conocimiento en su conjunto. Las narraciones que aquí se presentan son más de contenido formativo en el ámbito de la moral pues tienen una clara intención de normar la conducta de los seres humanos para posibilitar una

sana convivencia tanto en el ámbito social, natural como espiritual. En estas narraciones se puede ver que la soberbia, la codicia, el egoísmo, la mentira, la pereza, el robo, el daño que se causa a otros, son actitudes incorrectas que deben ser evitadas ya que, de lo contrario, quienes las ponen en práctica pueden ser severamente castigados. Por el contrario, la honradez, el respeto, el trabajo, el esfuerzo, la constancia, honestidad, responsabilidad, solidaridad, tolerancia, incluso la humildad, inocencia, nobleza, son valores positivos que, incluso, pueden ser premiados, por lo que deben ponerse en práctica e inculcarse en la población infantil.